H.K. CHRISTIE

NADA COMO ELLA



LOS CASOS DE SELENA BAILEY - LIBRO 1

Nada como ella

Los casos de Selena Bailey Libro 1

H.K. Christie



CEsta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Derechos de autor © 2019, 2026 de H.K. Christie

Diseño de cubierta de Odile Stamanne

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor, a excepción del uso de breves citas en una reseña literaria.

Si desea utilizar material de este libro, debe obtenerse el permiso previo por escrito contactando con el editor en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: 2019 (en), 2026 (es)

Ebook: ASIN: B0GWYFQY49

Paperback ISBN: 9798257184734

Contents

Dedication
1. Chapter 1
2. Chapter 2
3. Chapter 3
4. Chapter 4
5. TRES SEMANAS DESPUÉS
6. Chapter 6
7. Chapter 7
8. Chapter 8
9. Chapter 9
10. Chapter 10
11. Chapter 11
12. Chapter 12
13. Chapter 13
14. Chapter 14

15. Chapter 15
16. DETECTIVE ED GATES
17. Chapter 17
18. DETECTIVE ED GATES
19. Chapter 19
20. NOCHEBUENA
UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE
SOBRE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

Dedication

Para Gianna

1

Selena subió el volumen de su iPod. Cada vez le resultaba más difícil estudiar con el último novio de mamá, Fox, por casa.Puaj.El nombre no podía sentarle peor. Más que un zorro, parecía un jerbo. Gordo y peludo, con ojos pequeños y redondos como cuentas. El ritual nocturno de la pareja, que consistía en emborracharse y discutir, empezaba a sacarla de quicio. ¿Para qué quieres salir con alguien si lo único que hacéis es pelear? ¿Y las palabras bonitas? ¿Los grandes gestos? ¿Dónde estaba esa luna de miel de la que todo el mundo hablaba?

Mamá y Fox llevaban saliendo un mes entero y a Selena no le constaba que hubiese pasado un solo día sin que discutieran. Pero no era nada nuevo. Era el *modus operandi* de mamá. Fox solo era el último de una larga lista de novios gilipollas que había traído a casa. «Supongo que es el sino de una alcohólica», pensó Selena. *Nota mental: no te conviertas en una alcohólica.*

Su madre era una de las razones por las que Selena no probaba el alcohol. Incluso cuando sus amigos estaban de fiesta, ella era totalmente abstemia. Selena hacía todo lo que estaba en su mano para no convertirse en su madre. Debbie Bailey estaba quemada a

sus treinta y cinco años, malviviendo con un trabajo sin futuro en un supermercado de descuento y saliendo con perdedores como Fox.

Siete meses más, pensó Selena mientras buscaba una canción lo bastante alta como para ahogar los portazos de los armarios. En siete meses cumpliría dieciocho años y se iría a la universidad, lejos del cuchitril en el que vivían. En momentos como aquel se preguntaba cómo sería tener una familia «normal». Supuso que nunca lo sabría.

Un golpe en la pared la obligó a incorporarse en la cama. La de esta noche iba a ser gorda. En lugar de subir más el volumen y reventarse los tímpanos, Selena cerró el libro y metió de cualquier manera los apuntes y el libro de texto en la mochila. Al día siguiente tenía un examen de Química Avanzada y necesitaba sacar buena nota. Las solicitudes para la universidad estaban a la vuelta de la esquina y tenía que asegurar sus notas antes de empezar a escribir las redacciones. Ya corría el riesgo de no poder entrar en ninguna de las universidades de su primera elección. Por no hablar del trabajo de fin de curso. No, desde luego, no tenía tiempo para lidiar con Debbie y Fox.

Selena se puso los zapatos y se dirigió a la ventana. La abrió con la lentitud de un caracol y dejó caer la mochila fuera antes de saltar por el alféizar con la esperanza de escapar sin que la vieran.

Aún no había sufrido la ira de Fox. La estrategia de Selena con el nuevo era evitarlo a toda costa.

Una vez fuera, cerró la ventana con cuidado, se colgó la mochila a la espalda y se dirigió a la calle. Ya en la avenida principal, bajó a toda prisa por la concurrida carretera, con cuidado de evitar el contacto visual con los peatones o los conductores, de los que al menos uno siempre parecía pensar que buscaba marcha. Nunca la buscaba.

Por suerte o por casualidad, llegó al Starbucks sana y salva y sin ningún tipo de acoso. Ni silbidos ni gritos. Ni un «regálanos una sonrisa, guapa». Debía de ser su día de suerte.

Abrió la puerta de un empujón e inhaló el aroma de los granos de café recién molido antes de acercarse a la camarera del mostrador, una mujer de mediana edad con gafas de montura metálica y una

barriga redonda, en su mayor parte oculta por el delantal verde botella. Le preguntó:

—¿Qué te pongo esta noche, Selena?

Selena era una clienta habitual de la cafetería, ya que a menudo necesitaba escapar del apartamento para concentrarse en los estudios o en su cordura. Ambas eran su máxima prioridad en ese momento.

—A ver… Tomaré un Frappuccino de calabaza con especias. Ya es la temporada.

—Ya lo creo. ¿A que te encanta? —La mujer articuló «Frappuccino de calabaza con especias» mientras tecleaba el pedido en la caja registradora.

Selena le pasó un billete arrugado de cinco dólares a la camarera e hizo el mejor intento de sonrisa amable que pudo. No estaba segura de lo convincente que era. Además, ¿de qué tenía que sonreír?

Tenía que pagar casi cinco dólares de su dinero duramente ganado por una bebida. Después de impuestos, eso era casi una hora de trabajo en su empleo de recepcionista. Sí, estaban ricos, pero necesitaba esos cinco dólares. No trabajaba veinte horas a la semana para nada. Necesitaba dinero para cosas como ropa, maquillaje, diversión, la universidad y, a quién quería engañar, Frappuccinos. No era como si mamá y papá fueran a arrimar el hombro. Hacía varios años que no veía a su padre. Tampoco sabía dónde estaba. Si tuviera que adivinar, diría que en algún sitio chutándose.

Con su dosis de azúcar en la mano, encontró una mesa en el rincón más alejado de cualquier otro cliente en la espaciosa cafetería. En su línea de visión directa, vio a un grupo de chicos, probablemente un poco mayores que ella. Quizá de la universidad. La estaban examinando como si fuera una gacela y ellos los poderosos leones. *Esto no es Animal Planet, así que a lo vuestro. ¿Vale?* Estaba más que harta de los chicos que parecían priorizar el ligoteo por encima de todo lo demás. *Marcaos ya unos objetivos.* Estaba deseando largarse de ese pueblo.

Volvió a centrarse en la mochila y sacó el libro. Aterrizó en la mesa con un golpe seco. Se encogió de hombros, le dio un sorbo a su

delicia de calabaza con especias y decidió que merecía sus preciados dólares. Era la única alegría que tenía en esta vida, aparte de mirar escaparates y pasar el rato con su mejor amiga, Alida.

Antes de que pudiera abrir el libro, uno de los chicos apareció en su mesa. *Genial. ¿Por qué todo hombre que ve a una mujer sentada sola piensa que necesita compañía? Pues no.* Su intento de colgar el cartel de «cerrado» vistiendo vaqueros anchos y una sudadera extragrande que ocultaba su figura menuda y ligeramente curvilínea, sin maquillaje y con un moño deshecho, no pareció funcionar. ¿De verdad parecía que quisiera charlar? *Pues no.*

—Hola, ¿está ocupado? —sonrió y una hilera de dientes perfectamente rectos la deslumbró.

Ella frunció el ceño.

—No.

Él se alborotó el pelo rubio y revuelto, echándoselo a un lado.

—¿Puedo?

Ella sonrió con suficiencia.

—Preferiría que no. Tengo que estudiar.

—Vale, disculpe la molestia. Por cierto, me llamo Zeek. ¿Y usted?

Ella apretó los labios.

—No me interesa. —Apartó la mirada del chico alto, que no estaba nada mal. Abrió la tapa de su libro de Química Avanzada y se puso a ojear la página hasta que él captó la indirecta y se alejó de sus inmediaciones. No estaba de humor para que un desconocido le tirara los tejos. Además, a la mañana siguiente tenía un examen y necesitaba un sobresaliente para mantener su media. *Objetivos, gente, objetivos*.

Eran casi las diez de la noche cuando Selena se acercó a su apartamento del primer piso. Atravesó los arbustos hasta la ventana de su dormitorio y la abrió, con cuidado de no hacer ruido ni levantar sospechas. La ventana se abrió una rendija y Selena se percató del silencio que reinaba en el interior. Ni un sonido. *Toma ya.*

Ya estarán sopa. La relación de mamá y Fox consistía básicamente en el patrón de emborracharse, pelear, fornicar y luego quedarse sopa. *Qué romántico.* Mamá siempre la atosigaba preguntándole por qué nunca tenía novio. Vamos a ver, si eso era lo que implicaba un novio, *paso.*

Hizo pasar la mochila por el alféizar de la ventana y entró. Se enderezó y cerró la ventana, recorriendo con la mirada su pequeña y ordenada habitación. Nada estaba fuera de lugar, pero la puerta estaba ligeramente entornada. *Qué raro.* ¿La habría buscado su madre? Se quitó sus Vans de cuadros blancos y negros y se arrastró hasta la puerta. Retrocedió y arrugó la cara. ¿Qué era ese olor? Era asqueroso, como el de un baño sucio de gasolinera.

Selena fue de puntillas por el pasillo. El olor parecía provenir del salón. Se tapó la nariz y la boca con la mano mientras continuaba hacia la sala de estar. Encendió la luz y se quedó sin aliento. El corazón le retumbó en el pecho mientras corría hacia el cuerpo que yacía inmóvil en el suelo, junto al sofá. Tenía la cara tan destrozada que solo pudo reconocer que era su madre por el pelo rubio decolorado y el caído tatuaje de Betty Boop en el pecho. Gritó:

—¿Mamá?

No hubo respuesta.

Las manos le temblaban mientras sacaba el móvil del bolsillo trasero y marcaba.

—911, ¿cuál es su emergencia?

Selena miró fijamente a su madre.

—Es mi madre. Le han dado una paliza. Tiene… Tiene marcas en el cuello. No sé si respira. Dense prisa, por favor. Por favor. —Las lágrimas corrían por el rostro de Selena mientras buscaba cualquier señal de vida.

2

—•—

Selena se dejó caer en la silla de tela marrón de la abarrotada sala de urgencias del hospital. Se removió inquieta para intentar ponerse cómoda, pero fue imposible. Habían pasado horas y no había recibido ni una sola noticia sobre su madre. No tenía ni idea de si estaba viva o muerta. Mantuvo la vista fija en el suelo para evitar las miradas de la docena de personas que esperaban en la sala. Un toquecito en el hombro la obligó a girarse. Una enfermera de ojos grandes y tez rubicunda le preguntó:

—¿Selena?

Se irguió en el asiento.

—Sí. ¿Es por mi madre? ¿Está bien?

—Está despierta. Ya puede verla. La acompañaré a su habitación.

Selena se levantó de la silla, cogió el abrigo y siguió a la mujer a través de la doble puerta y por el pasillo. El aire era gélido y olía a antiséptico y a enfermedad. Pasaron por delante de varias habitaciones con las puertas abiertas, llenas de pacientes con batas azules y blancas, hasta que la enfermera se detuvo y señaló:

—La segunda cama.

—Gracias.

Selena se abrazó a sí misma al entrar en la habitación. Pasó junto a la primera paciente, que en ese momento le gritaba obscenidades a otra enfermera, y se detuvo a los pies de la cama de su madre. Parecía pequeña y frágil. Molida a palos.

—Hola, mamá. ¿Estás bien?

Su madre se frotó la gasa que le rodeaba la cabeza y habló despacio.

—Estaré bien. El médico tiene que venir pronto a hablar conmigo.

Selena contuvo las lágrimas mientras se acercaba a la cabecera de la cama.

—¿Qué ha pasado?

Los ojos apagados y castaños de su madre estaban llenos de tristeza. Le tembló la voz al hablar.

—No lo sé. Solo recuerdo haberme despertado aquí. No me han dicho nada.

Selena estudió a su madre. Se le revolvió el estómago al ver los regalos que Fox le había hecho: moratones, un par de ojos morados y un collar de huellas dactilares.

Selena estaba a punto de preguntar más cuando entró un hombre alto y desgarbado con pijama azul y bata blanca. Saludó a Selena con una inclinación de cabeza antes de centrarse en su madre.

—Deborah, me llamo doctor Fransia, he sido yo quien la ha atendido a su llegada. ¿Recuerda algo de la agresión?

Debbie negó con la cabeza.

El doctor habló con tono autoritario:

—No es algo tan raro. Debido a su alta tasa de alcoholemia, la pérdida de memoria es habitual. Parece que recibió varios golpes en la cara y en la cabeza y que fue estrangulada, pero no vemos nada de lo que haya que preocuparse en exceso. Es probable que se desmayara por el alcohol y no por las heridas que sufrió. La mayoría de sus lesiones parecen superficiales y deberían curarse en nada de tiempo.

¿Nada de lo que preocuparse en exceso? Selena no podía creer lo que estaba oyendo. Intentó aceptar la explicación del médico, pero había algo diferente en el supuesto desvanecimiento por borrachera de su madre. Su madre se había desmayado muchas veces en el

pasado, pero siempre parecía recordar el día anterior, o al menos la mayor parte. Sus descripciones de los hechos, aun estando sobria, eran borrosas, pero seguían siendo descripciones. No, aquello era decididamente diferente. ¿Cómo podía el médico no verlo?

El pulso de Selena se aceleró. Miró fijamente al doctor.

—¿Está seguro? Nunca antes ha tenido una pérdida de memoria total. Siempre recuerda algo.

El anciano arrugado le dedicó una sonrisa condescendiente.

—Puede que vaya recordando retazos con el tiempo. Le aseguro que es normal con la cantidad de alcohol que consumió. ¿Y usted es su hija, supongo?

Selena lo miró con incredulidad.

—Sí.

—¿Viven ustedes dos solas?

—Sí.

—Su madre va a necesitar descansar, pero estará bien. Se lo prometo. Un agente de policía vendrá en breve para tomarle declaración. ¿Vio usted lo que ocurrió?

—No, yo la encontré así.

Él asintió.

—Mmm. Le daremos el alta en breve. Necesitará mucho descanso. Bueno, que se cuiden las dos.

Antes de que Selena o su madre pudieran decir otra palabra, él salió apresuradamente de la habitación. ¿Y el trato con los pacientes, para cuándo? Selena volvió a mirar a su madre y enarcó sus depiladas cejas.

—¿De verdad no recuerdas nada?

—No.

—¿Recuerdas a qué hora se fue Fox?

Los ojos de Debbie se abrieron de par en par.

—¿Estuvo aquí Fox?

Selena se quedó con la boca abierta. ¿No recordaba que Fox había estado allí? ¿Qué parte de la memoria había perdido su madre?

—Sí.

El pánico se extendió por el rostro maltratado de Debbie.

—No se lo digas a la policía, ¿vale?

¿No decirle a la policía que Fox la había atacado salvajemente? Selena no podía creer que su madre no fuera a presentar cargos. Tenía que saber que Fox había hecho aquello. ¿Quién más habría podido o querido hacerlo? Si no lo denunciaba, él podría volver y terminar lo que había empezado. Quizá la próxima vez también fuera a por Selena. ¿Había entrado en su habitación buscándola después de agredir a su madre? El terror se le instaló en los huesos. ¿Y si volvía?

Cuando los agentes de policía vinieron a interrogar a su madre, Debbie les contó la misma historia vaga que a Selena. Selena se sentó en silencio hasta que le tocó el turno de explicar cómo la había encontrado. Ninguna de las dos mencionó el nombre de Fox.

3

La camarera canturreó:

—¿Lo de siempre?

Selena asintió.

La camarera preguntó:

—¿Va todo bien, cielo?

Todo iba de maravilla. Intentó sonar alegre.

—Solo ha sido una noche dura, eso es todo. Estoy bien —respondió. *Dura en plan «creía que mi madre estaba muerta». Dura en plan «la llevaron de urgencia al hospital y tuve que esperar para saber si se iba a morir»*. A pesar de las garantías del médico, no habían salido del hospital hasta casi las nueve de la mañana, y Selena solo había conseguido echarse una siesta corta antes de que su inquietud la impulsara a salir del piso. Un día más en la vida de Selena Bailey.

Nadie dijo nunca que la vida fuera justa.

Sospechaba que esa era la única verdad que su madre le había dicho jamás. Era una frase habitual en sus labios. «Madura, niña. Nadie dijo nunca que la vida fuera justa».

Supuso que debería estar agradecida de que su madre no hubiese muerto ayer. A pesar de que Debbie había insistido en que no sabía

quién la había atacado, tenía que saber que probablemente había sido su gilipollas de novio, Fox. La había mangoneado desde que se conocieron, pero nunca nada como esto. Esto había sido cruel y salvaje. ¿Cómo podía su madre ser tan estúpida como para seguir saliendo con alguien que abusaba físicamente de ella? ¿Y si no sobrevivía a la siguiente paliza?

Selena se preguntó si siquiera la echaría de menos. Su madre casi nunca estaba en casa y, cuando lo estaba, se dedicaba a su perdedor de turno, a acosar a Selena para que le diera algo de *su* dinero o a quejarse de tener que criarla. *Criarme. Menuda broma.*

Pero si ella ya no estuviera, ¿qué sería de Selena? No cumpliría dieciocho hasta dentro de siete meses. ¿Quedaría bajo la tutela del Estado y tendría que ir a una familia de acogida o a un centro de menores? No estaba intentando ingresar en ninguna de esas instituciones. No, necesitaba que su madre siguiera viva al menos siete meses más. ¿Era terrible pensar así de su propia madre? ¿Era una mala persona o simplemente práctica?

Tal y como estaba Debbie con su nuevo aspecto, llamémoslo Mujer Maltratada, ¿podría siquiera ir a trabajar? Si no, ¿cómo pagarían el alquiler este mes? Selena tenía una idea bastante clara de cómo. Su madre volvería a «pedirle prestado» dinero a Selena. De sus fondos para la universidad. No era mucho, pero era algo y era *suyo*.

Se sentó en una mesa para dos y paladeó su droga preferida. Supuso que podría estar consumiendo cosas mucho peores que un Pumpkin Spice Frappuccino. Se quedó mirando la bebida mientras sorbía por la pajita verde. Estaba cansada. Estaba cabreada. Había faltado al examen y esperaba que Alida llegara pronto para poder irse a casa y dormir un poco.

Le habría dicho de quedar en el instituto al día siguiente, pero quería los apuntes de Alida de las clases que compartían y alguna idea sobre el examen de Química Avanzada para cuando hiciera el de recuperación. Suponiendo que pudiera hacerlo. Su madre tendría que escribirle un justificante para excusar su ausencia, lo que significaba que tendrían que mantener una conversación de verdad. *Estaba deseando que llegara el momento.* Le dio vueltas a la pajita, pero se quedó helada al oír una voz vagamente familiar.

—Nos volvemos a encontrar.

Selena levantó la vista, todavía con la pajita en la boca. Era guapo. ¿Había sido tan guapo la noche anterior? Él continuó:

—Tú eres la señorita No Me Interesa, ¿verdad?

¿Y encima gracioso?

¿Sería el agotamiento lo que hacía que este tío crío le resultara algo atractivo? Como mínimo, le estaba nublando el juicio. De verdad que necesitaba dormir un poco. En contra de todo su buen juicio, dijo:

—En realidad, soy Selena. No Me Interesa es mi segundo nombre.

Él se deslizó en la silla que ella había reservado para Alida. Sus ojos brillaron.

—Encantado de conocerte, Selena. La verdad es que tienes mucho más cara de Selena que de No Me Interesa. Soy Zeek —dijo, extendiendo la mano sobre la mesa.

Selena dudó, pero al final cedió y se la estrechó.

—Encantada de conocerte. —*¿De verdad?*

—¿Hoy sin libros?

—Hoy no. —Bebió un sorbo y lo miró con escepticismo a sus ojos azul pálido.

Él se dio un golpecito en la barbilla.

—Déjame adivinar, ¿estás en el último curso en el instituto Grapton Hill?

—Culpable. —*No me impresionas.* No hacía falta ser un genio para deducirlo, teniendo en cuenta que solo había un instituto en la ciudad.

—Yo estudio en Cal State East Bay. Hago la carrera de informática con una especialización en empresariales. Me encanta. La universidad. Tener mi propio piso. Es lo mejor.

Ese era el sueño de Selena. Zeek estaba viviendo la vida que ella quería. Estaba deseando acabar el instituto. Acabar con su madre. Acabar con esta ciudad de mierda. Zeek era el primer chico que conocía que parecía tener más metas que intentar batir su récord de beer pong. Un universitario. Quizá no estaba tan mal, después de todo.

Antes de que Selena pudiera hacerle ninguna pregunta, su mejor amiga se acercó, con la mano en la cadera.

—Oye, ¿no me estabas guardando un sitio?

Estaba a punto de explicarse cuando Zeek se levantó de la silla y dijo:

—Es culpa mía. Lo siento. Estaba tan cautivado por tu amiga que tenía que hablar con ella. No sabía que le estabas guardando el sitio. Por favor, siéntate y perdóname. No quiero molestar.

Alida examinó a Zeek y luego a Selena antes de aceptar el asiento.

—Ajá.

Él miró a Selena.

—Ha sido un placer conocerte.

Ella intentó reprimir una sonrisa mientras lo saludaba con la mano.

Dio un paso y luego se dio la vuelta. Le sonrió a Selena.

—Si estás aquí mañana sobre las seis, ¿quizá podamos hablar otra vez?

Selena sintió que le ardían las mejillas mientras intentaba hacerse la tímida.

—*Puede* que esté aquí. —*Estaré aquí sin falta.*

—Espero que sí. Los martes son un día horrible para que te rompan el corazón. —Le guiñó un ojo y salió pavoneándose de la cafetería.

Selena lo vio marcharse. Tenía confianza en sí mismo, eso había que reconocérselo.

Alida pasó la mano por delante de la cara de Selena.

—Tierra llamando a Selena.

—Ah, perdona. ¿Decías algo?

—No, pero ¿acabas de quedar con un tío cualquiera? Es guapo, pero un poco, no sé, baboso.

—¿Crees que es baboso? —¿Habría estado demasiado cansada para darse cuenta?

—Oh, no sé. Quizá un poco lanzado para mi gusto. Aunque parece que está bastante encaprichado contigo.

Puede que ella también estuviera un poco encaprichada de él, aunque no sabía por qué. Había algo en él que hacía que sintiera un hormigueo por todo el cuerpo.

4

—•—

Selena se aplicó sombra dorada en los párpados para acentuar sus ojos castaño claro antes de ponerse una fina capa de brillo de labios color melocotón y chasquear los labios. Su pelo castaño oscuro le caía más allá de los hombros y llevaba un jersey ajustado y unos vaqueros pitillo con bailarinas. Cogió el abrigo del armario de la entrada y se lo puso, echando un vistazo a su madre, que estaba sentada en el sofá viendo la televisión. Ahora su cara era un amasijo de colores azul, morado, amarillo y verde. No le favorecía. A nadie, en realidad. No habían hablado del incidente, sobre todo porque no hablaban de gran cosa. Se preguntó por un momento cómo sería ser Debbie. Una sarta de novios borrachos que le daban palizas, un trabajo sin futuro y una hija que la despreciaba.La mayor parte del tiempo. Selena la saludó con la mano.

—Hasta luego.

Su madre agitó los dedos desde el sofá y asintió. Selena supuso que el programa de televisión que estaba viendo era muy importante. *De vida o muerte.* Cada vez que su amiga Alida salía de casa, sus padres le preguntaban adónde iba, con quién y cuándo volvería. Selena había presenciado el interrogatorio en numerosas ocasiones. No recordaba ni una sola vez que a alguien le hubiera importado un pimiento dónde andaba ella.

Cerró la puerta tras de sí y echó la llave. Se guardó la llave en los vaqueros y se dirigió calle abajo hacia el Starbucks. Estaba oscuro, así que iba alerta. Reglas para caminar sola: no mirar a nadie a los ojos, ser consciente de lo que te rodea, tener las llaves a mano para sacar un ojo si fuera necesario.

A medida que se acercaba a la cafetería, sintió un revoloteo en el estómago. Cayó en la cuenta de que iba a tener una cita con un chico universitario que estaba bueno y tenía su propio piso. Definitivamente, era alguien que merecía su valioso tiempo libre. Era alguien con planes y metas, alguien que iba a llegar lejos en este mundo. Una pareja perfecta para ella. No era un perdedor borracho como Fox.

Abrió la puerta de la cafetería y sonó la campanilla de siempre. Entró y vio a Zeek sentado en una mesa. Era evidente que había estado vigilando la puerta, porque se levantó en cuanto ella entró. Se apresuró a acercarse. —Hola. Me alegro mucho de que hayas podido venir.

Ella sonrió nerviosa. —Bueno, de todas formas, pensaba venir.

No era verdad, pero eso él no lo sabía. Había tenido incluso que cambiar su turno en el trabajo para poder quedar con Zeek. *Zeek*. ¿Qué clase de nombre era ese? Sonaba genial y sofisticado. Le gustaba.

—Pues entonces, supongo que es mi noche de suerte. ¿Vamos? —dijo él. La guio hasta el mostrador y le dijo al camarero—: Hola. Yo tomaré un capuchino, ¿y tú qué quieres?

Definitivamente, era una cita. Le estaba invitando a una bebida. Selena se preguntó si debería pedir algo más adulto de lo habitual. *Bah*. —Yo tomaré un Pumpkin Spice Frappuccino —dijo. Hacían diez grados fuera, pero le daba igual. Era su favorito y solo lo tenían por tiempo limitado. Tenía que aprovechar cuando podía.

Después de pagar, Zeek la acompañó a una mesa en la esquina. Seguía con los nervios a flor de piel mientras se sentaba. Esperaba no parecer nerviosa. Sería demasiado vergonzoso.

Zeek quitó las migas de la mesa, tirándolas al suelo, y luego se sentó. La miró fijamente. —Estás preciosa esta noche. Me gusta cómo llevas el pelo. Pareces una diosa, solo te falta una corona de oro para completar el *look*.

Se le encendieron las mejillas. —Gracias.

No sabía de qué hablar con él. ¿De la universidad? Normalmente mantenía un perfil bajo y evitaba el contacto con el sexo opuesto, pero había algo en Zeek. Algo diferente, y a la vez familiar.

—¿Has tenido clase hoy? —le preguntó.

—Sí. He tenido economía y un par de clases de informática. Economía es superaburrida, pero informática me encanta. También estudio empresariales como segunda especialidad, por eso tengo que dar economía. Me gustaría montar mi propio negocio algún día.

Qué ambicioso. Me encanta. —¿Qué tipo de negocio quieres montar?

—Algo de tecnología. No sé, quizá de marketing para una empresa tecnológica o una *startup*. Me gusta mucho la tecnología. Escribo mi propio código de software, pero no quiero ser programador. Preferiría estar en la parte de dirección de la empresa. Siento que mi destino es ser director ejecutivo. Estoy estudiando informática para poder entender los productos que supervisaré.

Selena lo observaba atentamente. —Qué guay. —Ningún chico del instituto hablaba de querer dedicarse a la dirección de empresas o de convertirse en director ejecutivo. La mayoría de sus compañeras salían con deportistas estúpidos o con tíos que se creían demasiado guays para ir a clase y preferían la bebida y las drogas a estudiar o planificar el futuro. Ninguno era como Zeek. Él, claramente, tenía un plan.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes para después de graduarte? —dijo él.

—Me gustan mucho mis clases de psicología, pero también me gustan química y biología, así que estaba pensando que quizá me decante por una carrera de ciencias. Tal vez biología y luego, quizá, ser médica o enfermera o psiquiatra. Quiero poder ayudar a la gente, ¿sabes?

También quería ganar mucho dinero y no tener que volver a vivir en un piso de mala muerte nunca más. No quería preocuparse por cómo se pagaba el alquiler o cómo conseguiría su próxima comida. Quería tener seguridad física, mental y económica.

—Es genial que sepas lo que quieres hacer a una edad tan temprana.

¿A una edad tan temprana? ¿Cuánto mayor era él? —Últimamente he estado pensando mucho en ello, ya que el mes que viene tengo que solicitar plaza en las universidades. ¿En qué curso estás?

Él se echó hacia atrás. —Bueno, estoy en tercero, pero soy un poco mayor porque me tomé un tiempo después del instituto para viajar de mochilero por Europa. Acabo de cumplir veintidós.

¿Veintidós? Nunca había salido con nadie tan mayor. Por eso debía de ser tan maduro y diferente a los demás chicos.

Ambos giraron instintivamente la cabeza hacia el mostrador cuando el camarero gritó su pedido. —Voy yo —dijo él.

Selena sintió que de alguna manera había encontrado el único diamante en la oscura y lúgubre cueva que era Grapton Hill, California. No podía creer que le hubiera dado plantón la primera vez que se vieron. Él era el tipo de chico con el que solo había soñado. Era un poco mayor, pero no pasaba nada, cumpliría dieciocho antes de darse cuenta. Además, era madura para su edad, todo el mundo se lo decía. Era perfectamente lógico que saliera con alguien mayor. ¿Por qué no se le había ocurrido antes?

Regresó con las bebidas y, durante la siguiente hora, ella bebió a sorbos y lo observó mientras él hablaba de sus aspiraciones futuras, sus esperanzas para su primer trabajo después de la universidad y, tal vez, algún día, sentar la cabeza y formar una familia. Era muy refrescante e inspirador.

Sorbió lo último de su bebida. Y Zeek, casi de inmediato, la invitó a cenar. Ella aceptó, y caminaron unas cuantas puertas más allá hasta la pizzería local. Él le sujetó la puerta y ella entró e inhaló el aroma a pan horneado y salsa de tomate. Creyó haber entrado en el paraíso. El restaurante en sí era bastante grande, pero solo había unos pocos clientes sentados en las mesas de estilo pícnic. En el mostrador, pidieron una pizza de queso para compartir y Zeek pidió una cerveza.

Sentado a la mesa, bebió un sorbo de cerveza y dijo: —Dios mío, eres aún más guapa bajo esta luz. ¿Cómo lo haces?

—Cuestión de suerte, supongo. —Llevaba toda la noche haciéndole cumplidos. Selena no se opuso. La hacía sentir especial y deseada.

—¿Quieres un sorbo?

Ella arrugó la cara. —No, gracias. No me va la cerveza. —*Ni ningún tipo de alcohol.*

—No pasa nada. Venga, cuéntame algo sobre ti que nadie sepa.

¿Algo que nadie supiera y que fuera apropiado para una primera cita? —Odio las setas.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio. —¡Vaya! No me cuentes todos tus secretos más oscuros de golpe. Me vas a asustar. —Le guiñó un ojo.

—Ahora cuéntame tú algo que nadie más sepa.

Miró hacia arriba a la derecha. —Mmm… —Antes de que pudiera responder, el camarero les sirvió la pizza de queso. Él dijo—: Qué buena pinta. Me muero de hambre. —Cogió una porción y la dejó en su plato. Selena supuso que esa noche no se enteraría de ninguno de sus oscuros secretos.

Después de terminarse la pizza entera, Selena miró la hora en su móvil y dijo: —Son casi las once. Debería irme ya. Mañana por la mañana tengo clase.

Él se limpió la boca con una servilleta. —No quiero entretenerte hasta muy tarde. Las clases son lo más importante. ¿Quieres que te lleve a casa?

¿Cómo sabía que no tenía coche? Debió de verla caminar hasta el Starbucks. —Claro, sería genial. —*Qué caballero.*

Al salir del restaurante, él le buscó la mano y ella dejó que se la cogiera. Iban de la mano. En una primera cita. ¿Era cursi o romántico? La descarga de electricidad que le recorrió el cuerpo gritaba *romántico*. ¿Ya se estaba enamorando de él? Se preguntó qué sentiría él por ella. No quería ser una de esas chicas que lo acosan con preguntas estúpidas como «¿En qué piensas?» o «¿Qué sientes por mí?». No, ella mantendría la calma. Él le abrió la puerta del coche y ella se deslizó en su Honda Civic nuevo. Todavía olía a coche nuevo.

Estaba emocionada por salir con un chico con coche, un coche bonito, no un cacharro. Él arrancó el motor y un *heavy metal* atronó por los altavoces. Bajó el volumen y dijo: —Lo siento mucho. Me gusta darle caña a la música.

Con una sonrisa tranquilizadora, ella dijo: —No pasa nada. —Se sentó con las manos en el regazo mientras lo veía conducir el

kilómetro escaso que los separaba de su edificio de apartamentos.

Mientras conducían, se preguntó si la juzgaría por el lugar donde vivía. Era un cuchitril. No había otra forma de describirlo. Ahora sabía que él provenía de una buena familia, con padre, madre, un hermano y una hermana. Y la estaba dejando en el decrépito apartamento que apenas era habitable. Se preguntó si rompería con ella después de ver dónde vivía. Esperaba que no. —Aquí es —dijo.

Aparcó el coche y ella se bajó del vehículo. Él salió de un salto e insistió en acompañarla hasta la puerta. *Y yo que pensaba que la caballerosidad era una leyenda urbana.*

En la puerta, él dijo: —Me lo he pasado muy bien contigo. Espero que me dejes volver a verte.

Ella lo miró y sonrió. —Yo también me lo he pasado bien. Claro que puedes volver a verme.

Le rodeó las mejillas con las manos y la besó suavemente en la boca. La electricidad zumbó a través de ella. Pensó: *Y encima besa bien.*

Él dio un paso atrás. —Que pases buena noche. Sueña conmigo, porque yo, sin duda, soñaré contigo.

Ella lo saludó con la mano. Era un poco cursi, pero también algo tierno. Abrió la puerta e intentó ocultarle su evidente felicidad a su madre. Cerró la puerta tras de sí y saludó con la mano a su madre, que seguía en el sofá del salón viendo la televisión, y se apresuró a volver a su dormitorio.

Acurrucada en la intimidad de su habitación, sonrió y gritó de alegría contra la almohada. Esa noche había tenido la mejor primera cita de su vida. Las cosas empezaban a ir mejor. Unos minutos después, el zumbido de su móvil la apartó de la almohada. Era un mensaje de Zeek.

> Hola, guapa. Me lo he pasado genial esta noche. Ya te echo de menos.

Tumbada boca abajo, le respondió.

Yo también.

¿Qué llevas puesto?

Lo mismo que hace diez minutos.

Provócame.

Sacudió la cabeza. *Nanay. No tan deprisa.* Le escribió.

Buenas noches.

XOXO.

Guardó el móvil, se puso su pijama de franela y se dejó caer en la cama, con la ferviente esperanza de tener sueños llenos de Zeek y sus suaves labios.

5

—•—

TRES SEMANAS DESPUÉS

Selena se sentó frente a Alida a la hora de comer.

—¿Qué tal te ha salido el examen?

Alida se apartó el pelo, oscuro y rizado, y se lo colocó detrás de la oreja.

—Me ha salido bien. Quizá un notable alto o un sobresaliente bajo. ¿Y a ti?

Selena había estado saliendo con Zeek cada noche que tenía libre. No podía evitarlo, tenía una nueva adicción que añadir a sus Frappuccinos de calabaza especiada y su nombre era Zeek. La hacía sentir guapa, especial y querida. Era la mejor sensación del mundo. Pero salir con él significaba que tenía menos tiempo para estudiar, y temía que no le hubiese salido muy bien el examen.

—Qué bien. No estoy segura de que a mí me haya salido muy allá, pero ya veremos.

—No me preocuparía, seguro que te ha salido bien. Basta de la aburrida química. ¿Qué tal con el nuevo novio?

—Todo va genial.

Selena miró el móvil. Otro mensaje de Zeek apareció en la pantalla. Le encantaba que le mandara mensajes todo el día, todos los días. Era un encanto.

—¿Otra vez Zeek? —dijo Alida.

Selena asintió.

—Sí, es un encanto. Y está cañón.

Alida sonrió con picardía.

—Bueno, desde luego le gusta mucho mandar mensajes. Creo que no te he visto en las últimas tres semanas sin que estuvieras escribiéndole frenéticamente.

—Es lo que se hace cuando tienes pareja. Creo que es porque es mayor. Los chicos mayores se comunican mejor que los del instituto.

Alida pareció escéptica, pero Selena se encogió de hombros y no le dio importancia.

—Bueno, espero que no te esté quitando demasiado tiempo. ¿Cómo llevas las solicitudes para la universidad?

Selena desvió la mirada. No había empezado. La fecha límite era en dos semanas. ¿Quizá debería decirle a Zeek que necesitaba reducir el tiempo que pasaban juntos? No estaba organizándose bien con todas las cosas que tenía que hacer. A lo mejor necesitaban tomarse un descansito. Estaba segura de que él lo entendería. Sabía que ella quería ir a la universidad y que tenía metas y aspiraciones. Igual que él. Hablaría con él del tema. Estaba segura de que la apoyaría, pero la mataría estar lejos de él demasiado tiempo. Finalmente dijo:

—La verdad es que no he empezado, pero tengo pensado ponerme con ellas el sábado. Ya sé sobre qué voy a escribir en las redacciones, solo necesito hacer el primer borrador este fin de semana y luego revisarlo la semana que viene. No habrá problema.

Alida negó con la cabeza.

—Estás mucho más tranquila de lo que yo estaría. Si no hubiera entregado ya mis solicitudes, estaría atacada de los nervios. Pero siempre he sido más precavida que tú.

¿Era eso verdad? Selena siempre había pensado que había ido sobre seguro. Nada de alcohol. Nada de drogas. Buenas notas. Un trabajo a tiempo parcial. ¿Por qué diría Alida algo así?

6

—•—

Con los ojos vendados, Selena caminaba con rigidez y los brazos extendidos mientras Zeek la llevaba de la mano al centro de su apartamento de un dormitorio. Después de cenar, cuando le preguntó por primera vez si se pondría un pañuelo sobre los ojos porque le tenía una sorpresa, ella se había mostrado aprensiva. No estaba segura de adónde iban, pero reconoció que tenían que subir un tramo de escaleras y girar enseguida a la derecha. Iban a su apartamento.

Él le quitó la venda y ella se quedó con la boca abierta. Tenía que haber unas veinte velas parpadeando por todo el espacio. Un ramo de fragantes rosas rojas descansaba sobre la mesa de centro, junto a una cajita con un lazo rojo. Un joyero. ¿Para ella? Le sonrió radiante.

—¿Qué es todo esto?

La agarró por la cintura y dijo:

—Feliz primer mes.

Se acordaba.

—Feliz primer mes a ti también.

La besó con fiereza y la temperatura corporal de Selena se disparó. Todavía no se habían acostado. Ella quería esperar, sobre

todo porque le aterrorizaba quedarse embarazada y convertirse en su madre. Debbie le llevaba diciendo a Selena desde que tenía uso de razón que, si no se hubiera quedado embarazada de ella a los dieciocho, habría tenido una vida mucho mejor. *Anotado. Gracias, mamá*. Selena se juró no acabar como ella. Zeek había sido muy dulce y comprensivo. No la había presionado para que hiciera nada con lo que no se sintiera cómoda.

Él se apartó y la llevó hasta su futón azul marino. La sentó y se puso frente a ella.

—Hay algo que he querido decirte —parecía que le miraba al alma —. Cariño, te quiero.

Selena sonrió de oreja a oreja.

—Yo también te quiero.

Zeek respondió con un brillo de júbilo en los ojos. Eran como un cielo azul lleno de estrellas resplandecientes.

—Tengo algo para ti —dijo.

Cogió la caja blanca del tamaño de un anillo que tenía un lacito rojo metalizado y se la entregó.

Estaba sorprendida. Y encantada. Nunca antes le habían regalado una joya. No era que no hubiera tenido novios, pero había intentado mantenerse alejada del sexo opuesto, temerosa de cometer los mismos errores que su madre. Selena supuso que había tardado demasiado en reaccionar cuando él dijo con entusiasmo:

—Venga, ábrelo.

Quitó la tapa y le dio la vuelta a la caja. Un estuche de anillo de terciopelo gris cayó en su mano. Lo abrió de golpe y ahogó un grito. Era un anillo de oro con cinco pequeños diamantes en forma de corazón. Estaba tan atónita que ni siquiera podía mirarlo. Tenía los ojos fijos en el anillo.

—Bueno, ¿te gusta?

—Sí, es precioso. Gracias. —¿Era un anillo con algún significado? No lo sabía. No creía que le estuviera pidiendo matrimonio. *Sería una locura, ¿no?*

—Es un anillo de promesa. Puede sonar a locura, pero sé en mi corazón que me casaré contigo algún día. Obviamente no ahora mismo, pero sí algún día, cuando los dos hayamos terminado los

estudios. Este anillo es una promesa de que un día me casaré contigo. ¿Aceptas esta promesa?

¿Quería casarse con ella algún día? Claro que había fantaseado con verse con un vestido blanco y a él con un traje negro en un futuro muy, muy lejano. Estaba perdidamente enamorada de él. ¿Cómo no iba a fantasear con el futuro? Pero ahí estaba él, comprometiéndose *ahora*, años antes del acontecimiento. Era encantador, romántico y más de lo que jamás podría haber esperado. Estaba tan agradecida de que hubiera entrado en su vida… Se encogió de hombros y dijo:

—Sí, acepto esta promesa.

Zeek sonrió de oreja a oreja antes de atraerla hacia él.

—Perfecto. Me haces muy feliz. Además, así todo el mundo sabrá que me perteneces.

¿Pertenecerle? ¿Era eso dulce o controlador? Se sacudió. *Deja de darle tantas vueltas, Selena. Te quiere. Disfrútalo.*

La besó apasionadamente, tumbándola con suavidad sobre el futón. Ella no lo detuvo. Su cuerpo ardía en llamas. Estaba preparada. Estaba preparada para entregarse a él. ¿Qué suerte tenía de que su primera vez fuera con el amor de su vida, el hombre con el que se casaría algún día?

Tumbada junto a Zeek en el futón, con el brazo sobre su pecho, Selena lo miró.

—Te quiero mucho, Zeek.

—Yo también te quiero, cariño. —Compartieron un beso suave y luego él dijo—: Quédate a dormir. Por favor. No se me ocurre nada mejor que despertarme contigo entre mis brazos. Sería como un sueño hecho realidad. Te quiero tanto que duele. No me puedo creer que haya tenido tanta suerte de encontrarte. Mi alma gemela. La mujer con la que pasaré el resto de mi vida. Es un gran amor, de los que hacen historia. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, pero no puedo, ya lo sabes. —Le encantaría dormir entre sus brazos toda la noche y despertarse a su lado. Que su cara fuera lo primero que viera. Pero al día siguiente tenía clase. Tal como estaban las cosas, solo había terminado las solicitudes para la Cal State University. Aún tenía que rellenar las de la UC. El plazo terminaba en solo dos días. Tenía que dar los últimos retoques a sus redacciones antes de enviar las solicitudes. Todavía no había hablado con Zeek sobre la posibilidad de pasar un poco menos de tiempo juntos para poder estudiar más. No tenía un padre que le preguntara por qué estaban bajando sus notas, pero a ella misma le daban miedo las repercusiones. Sabía que tenía que centrarse más en los estudios. Era importante que volviera a subir sus notas, sobre todo con los exámenes finales a la vuelta de la esquina. Tendría que tener esa conversación con Zeek muy pronto. Pero no esa noche. La noche era demasiado mágica como para arruinarla con algo tan práctico.

Abrió la puerta de su apartamento con el mayor sigilo posible. Era casi la una de la madrugada. Lo más probable es que su madre estuviera en la cama, pero Selena no estaba del todo segura. Entró con cuidado y le encantó ver que su madre no estaba en el salón.

Un final perfecto para una noche perfecta. Estaba en una nube. Nunca había sido tan feliz en toda su vida, y pronto cumpliría dieciocho e iría a la universidad. Aún no podía creer que hubiera conseguido al novio más maravilloso, increíble, inteligente y talentoso, que un día sería su marido. ¿Cómo había tenido tanta suerte? Solo tenía que aguantar seis meses más con Debbie y entonces sería libre.

Pasó de puntillas por el salón, con cuidado de no despertar a su madre. Su expresión se ensombreció y se quedó helada. Junto al sofá había un par de botas de hombre. Las botas de Fox. Estaba en el apartamento.

Selena salió de su trance y se apresuró a ir a su habitación, tratando de ser lo más silenciosa posible. Con el corazón desbocado,

llegó a su dormitorio y cerró la puerta con suavidad tras de sí. ¿Cómo podía su madre dejar que ese violento casi asesino volviera a su casa? ¿Acaso quería morir? El terror invadió cada célula del cuerpo de Selena. ¿Y si él también iba a por ella?

7

Selena fue arrancada de sus pensamientos por el crujido de la cama de su madre al otro lado de la pared que compartían. Unos pasos pesados resonaron en el pasillo. Fox.

El pánico la invadió a medida que se acercaban más y más.

Tenía que salir de allí, y rápido. Cogió la mochila y metió dentro a toda prisa los libros, los apuntes y algo de ropa que tenía esparcida por la cama.

Corrió hacia la ventana. Al diablo con el ruido; la abrió de un tirón.

El pomo de su puerta traqueteó.

Se giró para mirar y sus ojos se encontraron con la mirada malvada de Fox, fija en ella. Arrojó la mochila y a sí misma por el alféizar de la ventana y echó a correr.

El sudor le chorreaba por la espalda mientras el corazón casi se le salía del pecho. No paró hasta que llegó al Starbucks. Se escabulló para esconderse detrás del edificio, fuera de la vista. No creía que Fox la siguiera, pero no estaba segura. ¿Vendría a buscarla? No lo sabía. Sacó el móvil de la mochila y le envió un mensaje a Zeek.

¿Puedes venir a por mí?

Esperó lo que le pareció una eternidad, pero lo más probable es que solo fueran unos segundos.

¿Por qué? ¿Qué pasa?

Fox ha vuelto.

¿Dónde estás?

Detrás del Starbucks.

No estoy lejos. Llego enseguida. Besos.

Temblaba, en parte por el frío y en parte por el miedo. ¿La había estado esperando Fox? ¿Qué habría pasado si no hubiera estado con Zeek esa noche?

Todas las situaciones horribles posibles le inundaron la mente. Los tíos como Fox hacían todo tipo de cosas espantosas, de eso estaba segura. Después de lo que le había hecho a su madre la última vez, no podía creer que lo dejara volver. ¿Acaso su madre había renunciado a su propia vida? ¿Había renunciado a la de Selena? ¿No veía que no solo estaba poniendo en peligro su vida, sino también la de Selena? Las lágrimas le corrían libremente por la cara. Podía saborear las lágrimas saladas en la boca. *Qué asco.* Se secó las mejillas y la boca con las mangas de la sudadera.

Los faros de un coche barrieron el aparcamiento.

Se asomó por la esquina del edificio. Sintió una oleada de alivio. Corrió hacia el coche de Zeek, abrió la puerta del copiloto y se metió dentro, tirando la mochila al suelo. Le echó los brazos al cuello a Zeek y rompió a llorar.

De vuelta en el apartamento de Zeek, le contó todo lo que había pasado, incluyendo todos los detalles del primer ataque de Fox a su

madre. Su madre casi había muerto. Ahora Fox había vuelto. ¿Para qué? ¿Para terminar el trabajo?

Antes, le había dado demasiada vergüenza contarle a Zeek que tenía una madre que permitía que un hombre le hiciera eso, y mucho menos que le permitiera volver a su casa. Odiaba a su madre la mayor parte del tiempo, pero la quería. Era su madre. Su única familia. ¿Qué pasaría si... y si ya había pasado?

Cuando Zeek ya estuvo al corriente de todo, le preguntó:

—¿Debería llamar a la policía? ¿Y si mi madre está herida?

—¿Le dijo a la policía que fue Fox quien la atacó la primera vez?

Selena negó con la cabeza.

—No, pero sé que fue él.

—¿Por qué no le damos un poco de tiempo? Seguramente tu madre esté bien. Vamos a dormir un poco. Mañana te llevaré para que cojas algunas de tus cosas. No quiero que vayas sola. Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. No sé qué haría si te perdiera.

Selena lo abrazó.

—Vale —dijo. Realmente era su caballero de la brillante armadura. El héroe de su desastrosa vida de anti-cuento de hadas.

Al día siguiente, después de cenar, Zeek llevó a Selena a su apartamento. Ese día había faltado a clase y había llamado al trabajo para decir que estaba enferma. Necesitaba un día para serenarse y trazar un plan. Siempre había sido una persona previsora; ahora necesitaba un nuevo plan. Un plan para mantenerse a salvo y con vida.

Menos mal que tenía a Zeek para ayudarla. Metió la llave en la cerradura del apartamento y empujó la puerta. Zeek le puso un brazo delante para detenerla y dijo:

—No, deja que entre yo primero. No sabemos si todavía está ahí.

Selena asintió.

Zeek abrió la puerta y Selena entró detrás. Continuó hacia el salón. Selena no vio ni rastro de las botas de Fox. Siguió a Zeek, pero se

detuvo al percibir aquel olor inconfundible. *No. Otra vez no.* Selena llamó:

—¿Mamá?

No hubo respuesta.

Zeek se dio la vuelta y dijo:

—¿Qué es ese olor?

Selena sintió que se le iba toda la sangre del cuerpo.

—De... Deberíamos mirar en el dormitorio de mi madre.

Zeek la cogió de la mano y continuó por el pasillo. El olor se hizo más fuerte. Selena se tapó la boca para bloquear el hedor a orina y heces. Y a algo más. Un nuevo y vil olor se añadía a la mezcla.

La puerta del dormitorio de su madre estaba entreabierta. Zeek continuó despacio y se detuvo antes de que Selena pudiera entrar. Murmuró:

—Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? ¿Cómo está?

En el fondo, Selena sabía exactamente cómo estaba su madre. Pero no lo sabía *a ciencia cierta*. Necesitaba saberlo. Entró y se detuvo en medio del dormitorio de su madre. Selena se quedó mirando la cama. Sintió que se le revolvía el estómago a toda velocidad. Corrió al baño del pasillo y vomitó en el váter. Aferrada al borde, negó con la cabeza.

Lo había hecho. La había matado.

8

—.—

Selena miraba con la vista perdida por la ventana de la cocina. Zeek la rodeaba con un brazo por los hombros en lo que ella supuso que era un intento de consolarla. No estaba funcionando. ¿Cómo iba a hacerlo? Estaba sentada a la mesa, frente a un detective de homicidios que le estaba preguntando qué le había pasado a su madre. Le explicó que se había pasado a recoger unas cuantas cosas y que la habían encontrado así.

—¿Señorita Bailey?

—¿Qué? —volvió a centrarse en el agente de policía. Era mayor, con el pelo canoso y los ojos ausentes, como un abuelo desinteresado. Sin duda, ya había visto este tipo de cosas antes.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo aquí, en el piso?

Fijó la mirada en la ventana que daba a su pequeño patio. Estaba lleno sobre todo de trastos y plantas muertas de aquella vez que su madre intentó dejar la bebida. Aquello había durado menos de una semana. —Anoche..., bueno, supongo que en realidad fue esta madrugada, sobre la una. Entré por la puerta principal... —¿Debía hablarle de Fox? Él sabía que lo había visto aquí. ¿Y si Fox la buscaba para vengarse?

¿Era culpa suya? ¿Debería haber obligado a su madre a decirle a la policía que había sido Fox quien casi la mata hacía un mes? ¿Por qué no se lo había dicho Selena a la policía? ¿Habría evitado que matara a su madre? ¿Por qué no había hecho más? Había estado tan centrada en largarse de allí y en empezar a vivir por su cuenta que no se había parado a pensar en cómo sería en realidad perder a su madre.

—¿Qué vio, señorita Bailey?

Era hora de ser valiente. —Vi unas botas de hombre en el salón. Eran las botas de Fox.

—¿Quién es Fox? ¿Sabe su apellido?

No miró al agente. —Es el, *era* el novio de mi madre. Llevaban saliendo los últimos meses. Estoy bastante segura de que fue él quien la atacó la última vez. Siempre se peleaban. Siempre se emborrachaban. No sé su apellido ni si Fox es su nombre de verdad.

—¿Lo vio alguna vez pegarle a su madre?

Selena siempre se había recluido en su dormitorio cuando él estaba cerca. No le había gustado desde el primer día. —No, pero lo oía. Compartimos pared del dormitorio y a veces oía ruidos como si la estuviera empujando contra la pared o dándole una bofetada.

—¿Nunca llamó a la policía?

¿Era culpa suya? ¿Y si *hubiera* llamado a la policía? Su madre siempre le había suplicado que no lo hiciera. Fox no era el primer novio que descargaba su agresividad con Debbie. —No. Mamá siempre me decía que no llamara a la policía. Decía que solo servía para que se enfadaran, para que se enfadaran más. Fox no fue el primero en pegarle. Yo me ocupaba de mis asuntos e intentaba evitar a sus novios capullos.

—¿Qué hizo después de ver sus botas?

Se giró para mirar al detective. —Fui corriendo a mi cuarto e intenté no hacer ruido. Metí unas cuantas cosas en una bolsa y, cuando estaba a punto de irme, le oí abrir la puerta. Me di la vuelta, lo vi y él me vio a mí. Salí por la ventana y corrí tan rápido como pude.

—¿Adónde fue?

—Al Starbucks de Grapton Avenue, detrás del edificio, y me escondí.

¿Dónde viviría? ¿Cómo podría evitar los servicios sociales? ¿Serviría de algo si intentaba encontrar a su padre? Suponiendo que siguiera vivo. Ni siquiera sabía si lo estaba. Por lo que sabía, ahora era huérfana. La oscuridad se cernió sobre ella. No quería ser huérfana.

—¿Qué edad tiene, señorita Bailey?

Miró los ojos castaños oscuros del detective. —Tengo dieciocho años.

—¿Tiene un lugar donde quedarse esta noche?

Se giró hacia Zeek. Él la abrazó con fuerza y dijo: —Por supuesto que puedes quedarte conmigo todo el tiempo que necesites.

—Me quedaré con Zeek.

Sintió que el agente de policía se mostraba escéptico con su edad, pero si era medianamente humano, no la presionaría en ese momento. —¿Podemos irnos? —preguntó.

—Sí, permítame que le dé mi tarjeta. Mi compañero o yo nos pondremos en contacto con usted. Lo más probable es que sea mi compañero. Ahora mismo está fuera de la ciudad, pero lo más seguro es que se haga cargo del caso a su regreso. Quizá quiera recoger algunas cosas. El piso será la escena de un crimen durante un tiempo y no podrá volver a entrar hasta que esté despejado. Haré que uno de los agentes la acompañe a su dormitorio y podrá hacer la maleta.

Ella asintió. Echó un vistazo al piso, ahora repleto de policías. Era como si todo sucediera a cámara lenta, como una pesadilla.

De vuelta en el piso de Zeek, la sentó en el futón y le dijo que podía quedarse todo el tiempo que quisiera. *Incluso para siempre.* Se dio cuenta de que, si no fuera por Zeek, estaría en la calle o perdida en el sistema. Él preguntó: —¿Seguro que estás bien?

—Estaré bien. Seguramente debería intentar dormir un poco. Mañana tengo clase. —No estaba segura de que fuera a dormir de verdad, pero no quería hablar más y no tenía energía para seguir de pie.

—¿Piensas ir a clase mañana?

Su nueva realidad incluía vivir con su novio, ir al instituto, ir a trabajar. Todo había pasado muy rápido. Dijo: —¿Qué otra cosa iba a hacer? Me volvería loca si me quedara aquí todo el día sola. Y ya he faltado hoy.

—Vale. Te llevaré en coche al instituto por la mañana.

Llevarme al instituto. Pagar mi alquiler. Siempre había sido independiente y así quería que siguiera siendo. Pero ¿cómo podría? ¿Podría aumentar sus horas de trabajo o conseguir un empleo mejor pagado? ¿Sería suficiente?

—Puedo coger el autobús. No pasa nada.

—Insisto. Te llevaré al instituto. Es lo menos que puedo hacer.

—Gracias. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que decírmelo. Ya sabes que soy un hombre que cuida de su chica. —Le dio un beso en la frente, se echó hacia atrás y sonrió.

Su chica. Le gustaba cómo sonaba aquello.

9

—•—

Selena caminaba apesadumbrada por el pasillo de su instituto hacia la cafetería. Empezó a preguntarse si quizá debería haberse quedado en casa de Zeek. No creía recordar ni una sola cosa de lo que nadie hubiera dicho o hecho en ninguna de sus clases esa mañana. En lo único que podía pensar era en lo poco que importaba todo. Su madre acababa de morir. Asesinada. En ese momento, le importaban un pimiento las hipérboles y las paradojas. Entró en la cafetería y vio a Alida y a sus otras amigas sentadas en una mesa cercana. Se acercó a Alida:

—Oye, ¿puedo hablar contigo un segundo?

—Por supuesto.

Encontraron un banco vacío y se sentaron. Alida preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Ha pasado algo con Zeek? En clase de Lengua parecías totalmente empanada. Nunca te había visto así. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea, ¿verdad?

Selena asintió.

—No es por Zeek. Es mi madre. Ella... Ha muerto.

A Alida se le desencajó la mandíbula y se llevó la mano a la boca. Se recompuso y dijo:

—Lo siento muchísimo. ¿Qué ha pasado?

—La han matado. Creo que ha sido Fox. Zeek y yo la encontramos anoche —Selena desvió la mirada.

Alida la rodeó con los brazos.

Selena empezó a sollozar. Decirlo en voz alta lo hacía más real. Se incorporó y se secó los ojos con el dorso de las manos.

—Sí. Por eso estoy tan distraída.

—Dios mío. Qué horror. No me lo puedo ni imaginar. Espera, ¿dónde te estás quedando? ¿Han pillado a ese tal Fox? ¿Estás a salvo?

—Zeek me ha dicho que puedo mudarme con él. Me quedé con él anoche y supongo que viviré allí. Dice que me quiere y que algún día quiere casarse conmigo. Mira lo que me ha regalado —extendió la mano y movió los dedos.

Pero Alida reaccionó con una expresión de horror.

—¿¡Estás prometida!?

—Oh, no, fue por nuestro primer mes y me lo dio como anillo de promesa. Dice que algún día quiere casarse conmigo, pero él sabe, y yo también, obviamente, que ambos somos demasiado jóvenes y que él tiene que terminar la universidad y yo tengo que ir a la universidad, pero ¿a que es un encanto? —Al menos había una cosa feliz en su vida.

—A ver, es un detalle por su parte, pero ¿y la universidad? ¿Y tus solicitudes? ¿Has terminado? ¿Y el proyecto de fin de curso? La parte escrita se entrega en dos semanas. ¿Cuánto conoces a este chico?

Selena se irritó. Alida no entendía lo que era tener un novio de verdad. Un novio serio que la quisiera. Dijo:

—Ya he enviado todas mis solicitudes para la Cal State. Las únicas que no terminé fueron las de las UC porque no tenía las redacciones acabadas. Hoy es el último día, así que no creo que pueda ser, pero el sistema de la CSU me vale. Además, es más barato.

Alida seguía mirándola como si estuviera cometiendo un error garrafal. Alida no sabía lo que era tener una madre alcohólica y un padre ausente, ni que asesinaran a tu madre. ¿Por qué se lo estaba poniendo tan difícil? ¿No podía simplemente apoyarla? ¿Y alegrarse de que hubiera encontrado a alguien que la quería?

Alida frunció el ceño.

—Puedo preguntarles a mis padres si te puedes quedar con nosotros. Seguro que dicen que sí. Les caes muy bien y solo es un semestre más y luego te irás a la universidad. Se lo preguntaré esta noche cuando llegue a casa, ¿vale?

Selena negó con la cabeza.

—Oh, no, no hace falta. Quiero quedarme con Zeek. Todo irá bien.

Selena notó que Alida no se tragaba que estuviera *bien*. Por mucho que quisiera a Zeek, mudarse con un chico a los diecisiete años se desviaba un poco del plan.

Alida dijo:

—Selena, cielo, te quiero. Eres mi mejor amiga. Estoy preocupada por ti. Creo que estarás mucho mejor si te quedas conmigo y con mi familia. Hablaré con mis padres esta noche.

—No tienes que preocuparte por mí. De verdad. Solo quería decírtelo porque deberías saberlo, pero estoy bien. En serio. Estaré bien. Ahora vamos con las demás a comer. —Selena estaría bien. Era una superviviente. Esto solo era un bache más en su porquería de camino hacia una vida mejor, ¿no?

—¿Vas a comprar comida?

—No tengo mucha hambre. —No la tenía.

Alida la miró de reojo y luego dijo:

—Vale.

Alida y Selena volvieron con el grupo a la mesa. Selena se deslizó sobre el banco de metal. Intentó forzar una sonrisa mientras las otras chicas hablaban de pintauñas, una conversación que en circunstancias normales le habría interesado. Maquillaje. Pintauñas. Peinados. Ropa. Le encantaba hablar de esas cosas e imaginar estilos basados en lo que sus amigas describían. Pero ahora lo único que veía eran los ojos de su madre. La tenue luz que solía haber en ellos se había extinguido por completo.

El móvil de Selena vibró sobre la mesa metálica y miró la pantalla. No conocía el número. Era local. Respondió:

—¿Diga?

—¿Hablo con Selena Bailey?

—Sí.

—Soy el detective Renier. Nos conocimos ayer.

Selena se levantó del banco y caminó hacia un lugar más tranquilo en un rincón de la bulliciosa cafetería.

—Sí, me acuerdo.

—Nos preguntábamos si podría venir a la comisaría para darnos más información sobre lo que ocurrió ayer. ¿Cree que podría venir después del instituto?

Selena se encogió de hombros para nadie en particular.

—Sí, supongo que Zeek podría traerme.

—Mi compañero y yo podríamos recogerla, si eso le facilita las cosas.

Selena se lo pensó. No quería que la vieran montarse en un coche de policía al salir del instituto. ¿Los detectives conducían coches de policía normales? En las series de televisión no. Tampoco quería que la vieran siendo recogida por dos hombres mayores.

—Quizá podrían recogerme enfrente del instituto, en la gasolinera Chevron.

—De acuerdo, señorita Bailey, la veremos a las tres en la Chevron.

Terminó la llamada y regresó a la mesa con el resto de sus amigas.

Una de ellas bromeó:

—¿Era el novio? ¡Ay, tía, tienes que contarnos todos los detalles! Alida dice que te ha regalado un anillo de promesa. Qué romántico. Me muero de envidia.

Forzó una sonrisa y les contó los detalles de la romántica celebración de su primer mes, pero, obviamente, omitió la parte en la que había pasado la noche allí tras huir de su apartamento y encontrar el cadáver de su madre al día siguiente.

Después del instituto, Selena esperó al otro lado de la calle, en la gasolinera. Un sedán negro se detuvo. Vio al detective Renier en el asiento del conductor y a un hombre mucho más joven,

presumiblemente un detective, en el del copiloto. El detective Renier bajó la ventanilla y dijo:

—Hola, Selena. Este es mi compañero, el detective Gates. Adelante, suba atrás.

Ella asintió y saludó con la mano al detective más joven. Se metió en la parte trasera del coche y dejó la mochila en el asiento a su lado. Arrugó la nariz ante el olor a tabaco rancio, pero, por lo demás, parecía un coche normal.

Condujeron en silencio hasta la comisaría. Una vez allí, los detectives la acompañaron a la zona de sus despachos. Había mesas por todas partes. Parecía un centro de llamadas de los que salían en la tele, donde la gente estaba ocupada intentando venderte alguna estupidez por teléfono. *Muy retro*. Se dio cuenta de que era la primera vez que estaba en una comisaría. Era sorprendente que nunca hubiera entrado en una.

Se sentó en una silla junto al escritorio del detective Renier. El detective Gates acercó otra. Los dos detectives se colocaron frente a ella. El detective joven tenía los ojos de un azul intenso y el pelo oscuro. Era bastante guapo para ser un hombre mayor. Dijo:

—Como le ha dicho el detective Renier, soy su compañero, el detective Gates, y voy a encargarme de la investigación de la muerte de su madre. Sé que ya nos hizo una declaración ayer, pero esperaba obtener algo más de información sobre Fox. Necesitaré que me cuente todo lo que sepa de él.

Selena soltó un suspiro.

—No sé mucho. Era un gilipollas. Bebía mucho. Nunca sonreía. Yo me mantenía alejada de él. No sé su apellido. Creo que mi madre lo conoció en uno de los bares a los que iba…, iba mucho. Creo que se llama el Roundup and Inn o algo así. Tiene un motel al lado.

El detective garabateó en una libreta.

—Ha dicho el Roundup and Inn, ¿es como I-N-N de posada?

—I-N-N como posada.

—De acuerdo, eso es de gran ayuda. Hasta ahora no hemos podido encontrar a Fox, pero todavía estamos procesando la escena del crimen. Con suerte, las huellas dactilares nos ayudarán a atrapar a la persona que hizo esto. ¿Puede darnos una descripción del

aspecto de Fox? Podría ser útil que se sentara con un retratista. ¿Podría hacer eso por nosotros, Selena?

Miró por encima del hombro a unos cuantos agentes que estaban de pie en un rincón cercano. Había mucho movimiento. Muchos delitos.

—¿Selena?

—Perdón. Sí, podría darles una descripción.

—Genial, traeremos al retratista —el detective Gates asintió hacia el detective Renier—. ¿Quieres ir a buscarlo? Le haré a Selena unas cuantas preguntas más mientras esperamos.

El detective Renier se levantó de la silla ayudándose del escritorio. El viejo no estaba en forma. ¿Era este quien se suponía que debía luchar contra los malos? Dijo:

—A la orden, mi capitán —y se marchó al trote.

El detective Gates bajó la voz.

—No tiene dieciocho años, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. No lo preguntaría si no lo supiera ya. Además, siempre le habían dicho que aparentaba menos edad de la que tenía. Siempre le había molestado, ahora más que nunca.

—¿Dónde se está quedando? Aquí dice que se está quedando con un tal Zeek Tate. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿No hay nadie más con quien pueda quedarse?

No lo creía. Quizá con la familia de Alida, pero tenía la sensación de que Alida era más optimista de lo que debería. Claro, le caía bien a su familia, pero ¿estaban dispuestos a acoger a una adolescente huérfana?

—La verdad es que no. Una amiga dijo que podía consultarlo con sus padres, pero de momento nadie más.

—¿Sabe dónde está su padre?

Negó con la cabeza.

—Nos abandonó hace mucho tiempo y no lo he vuelto a ver. Uf, hace ya unos años. Cinco, creo. Es un adicto.

—¿Ningún otro familiar: abuelos, tíos, nadie?

—Que yo sepa, no. Seguro que tengo abuelos en alguna parte, pero mi madre no tenía contacto con ellos. Solo tengo vagos

recuerdos de cuando era pequeña. No recibo felicitaciones de Navidad ni nada.

El detective pareció dolido por su historia. Era un detalle por su parte.

—Entiendo que está en el último año de instituto. ¿Qué planes tiene para después de graduarse?

—La universidad. Ya he enviado solicitudes a cinco universidades de la Cal State. Debería entrar en alguna, creo. Tengo notas bastante buenas —al menos, las había tenido hasta hacía poco.

El detective Gates asintió.

—De acuerdo, esto es lo que voy a hacer. Parece una buena chica. Parece que tiene planes para los estudios y para su futuro. Entre usted y yo, quedarse con una amiga es probablemente mejor que con un novio, pero incluso con un novio es probablemente mejor que meterla en el sistema. Está a punto de cumplir los dieciocho, esperemos que no salten las alarmas. Pero déjeme preguntarle esto, ¿cuánto conoce a este Zeek Tate? ¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Llevamos saliendo algo más de un mes. Es de Ridgemont y estudia en la Cal State East Bay. Es muy listo.

—¿Cómo se conocieron?

—En Starbucks. Es como mi sitio favorito. Es mi hogar lejos del hogar cuando no quiero estar en casa, que es la mayor parte del tiempo por culpa de mi madre y todos sus novios... —su hilo de pensamiento cambió. Su madre ya no estaba. Se quedó mirando al suelo.

—Sé que esto es duro. Parece que le han tocado malas cartas. Y lo siento por eso. Siento su pérdida y su situación. Quiero que nos mantengamos en estrecho contacto hasta que atrapemos a Fox. Él sabe que usted lo vio, y si fue él quien hizo esto, puede que venga a por usted. La llamaré para ver cómo está a diario. También le daré mi tarjeta de visita para que pueda llamar si algo la asusta o si tiene alguna pregunta. ¿Le parece bien, al menos hasta que pueda garantizar su seguridad?

Ella asintió, manteniendo la mirada en el suelo. Empezó a sentir un cosquilleo en la nariz. Sorbió por ella e intentó contener las lágrimas parpadeando. Tenía que ser fuerte.

El detective le entregó un pañuelo que había sacado de una caja que tenía sobre su escritorio; ella lo aceptó y se secó los ojos. Se quedó sentada en silencio; no estaba segura de por cuánto tiempo. El detective no se fue ni intentó consolarla.

Con voz tranquilizadora, dijo:

—El retratista ya está aquí. ¿Está lista?

Lo miró.

—Estoy lista.

—Esto no llevará mucho tiempo. Después puedo llevarla a casa, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Gracias.

Él le dedicó una cálida sonrisa. En esa sonrisa, Selena supo que el detective Gates era un buen hombre. ¿Por qué no había más como él?

10

—.—

Selena llegó a la puerta del apartamento de Zeek y se despidió del detective con la mano. Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con Zeek. Tenía la cara roja y los ojos como platos.

—¿Quién diablos era ese?

Su tono era acusador. Le había mandado un mensaje desde la comisaría, así que ¿por qué se sorprendía de que el detective la hubiera traído a casa?

—Es el detective Gates. Te dije que me traía a casa.

—Ese no era el detective de ayer. ¿Quién es? —exigió él.

Selena negó con la cabeza. Intentando mantener un tono neutro, volvió a explicárselo.

—Es el detective Gates, el compañero del detective Renier. El detective Renier era el hombre mayor con el que hablamos ayer. El detective Gates se va a hacer cargo de la investigación, como dijo ayer el detective Renier. No entiendo por qué estás tan enfadado.

—¿Por qué no me dijiste que era joven? ¿Te atrae?

Selena se quedó de piedra. ¿Qué le había pasado a su novio dulce y cariñoso? Observó cómo le temblaba un párpado.

Pensó que, si tuviera superpoderes, la habría fulminado con la mirada. Dijo:

—Claro que no. Solo me ha traído a casa. Te quiero muchísimo. Jamás se me ocurriría mirar a otro chico.

Levantó los brazos con la intención de abrazarlo, pero él tenía el pecho henchido y el cuerpo rígido. Ella le suplicó:

—Zeek, eres mi mundo entero. ¿Por qué iba a interesarme un tipo mayor? Debe de tener por lo menos treinta años. Zeek, vamos. Te quiero. Lo sabes.

El cuerpo de Zeek se relajó y él le puso las manos en la cintura. Inclinó la cabeza.

—¿Lo dices en serio? ¿Me quieres a mí y solo a mí?

Selena le apartó el pelo de la frente.

—Por supuesto, Zeek. Te quiero muchísimo.

—Es que no sé qué haría sin ti. Te quiero tanto... Pensar en ti con otro chico me vuelve loco.

Ella le sonrió con dulzura.

—Nunca tendrás que preocuparte por mí con otro chico.

Se abrazaron y él la besó apasionadamente. Nunca había tenido un novio que se pusiera celoso. Era dulce. Nadie la había querido nunca con tanta pasión. Le producía un cálido resplandor en su interior. Se sentía la chica más afortunada del mundo.

Se sentaron a la mesa del comedor. Ella le sonrió desde el otro lado.

—¿Qué tal el día? —Se rio entre dientes—. ¿Suena muy raro preguntar eso? Es algo que diría un matrimonio de viejos.

La cara de Zeek recuperó su color normal y sus ojos brillaron al mirarla.

—Me gusta. Me gusta que estés aquí. Mi día ha ido bien. Fui a clase y luego estuve un rato trabajando en el aula de informática. ¿Y tú?

—Bueno, quizá ir a clase no fue la mejor idea. No podía concentrarme. Todo parecía tan absurdo... Pero he estado pensando en el futuro, y voy a hablar con mi jefe para que me aumente las horas y así poder ayudar aquí. No quiero que tengas que mantenerme tú. Ayudaré a pagar el alquiler y las facturas.

—No tienes por qué hacer eso. Yo puedo cuidar de ti. El alquiler lo pagan mis padres, y además tengo trabajo. No tienes que

preocuparte por nada de esto. De hecho, si quisieras, podrías incluso dejar tu trabajo.

Jamás dejaría su trabajo. Ni por un hombre, ni siquiera por el hombre que amaba. Siempre había sido independiente. No quería depender de nadie para nada. Eso lo tenía claro. Respondió:

—Ah, no, voy a conservar mi trabajo. De momento mantendré el mismo horario, así tendré algo de dinero para mis gastos y podré seguir ahorrando para la universidad. *—¿Qué pensaba hacer? ¿Darme una paga como a una mantenida? ¿Es que no me entiende en absoluto?*

Él extendió los brazos sobre la pequeña mesa de bistró, indicándole a Selena que pusiera sus manos en las de él. Ella lo hizo y él dijo:

—Si es lo que quieres, me parece bien, pero soy más que capaz de cuidar de ti y nada me haría más feliz.

Ella sonrió. Era un gesto tan dulce y cariñoso. No podía imaginarse una vida en la que solo tuviera que ir a clase como una adolescente normal. No es que alguna vez fuera a ser una adolescente normal, pero la idea de que alguien cuidara de ella por una vez era terriblemente agradable.

Unos días después, Selena estaba de pie en el salón con el teléfono pegado a la oreja. Se rio.

—Vale, gracias, detective Gates. —Colgó el teléfono y levantó la vista hacia Zeek. Aquella mirada había vuelto a sus ojos. Aquella mirada acusadora.

Él frunció el ceño.

—¿Otra vez el detective?

—Sí, me estaba poniendo al día del caso. Han encontrado una coincidencia en unas huellas dactilares en la escena del crimen. Creen que son de Fox. El detective Gates tiene una orden de arresto e irá a detenerlo esta noche. Es una noticia estupenda.

—Claro, pero ¿por qué no para de llamarte? Te ha llamado todos los días. A veces, más de una vez al día. No lo entiendo, ¿seguro que no pasa nada?

No sabía cómo tratar con Zeek cuando se ponía así. ¿Cómo podía hacer que lo entendiera?

—No, no pasa nada. El detective me dijo el martes que, hasta que atraparan a Fox, quería vigilarme para asegurarse de que estaba a salvo. Le preocupaba que Fox viniera a por mí, así que me llama para ver cómo estoy y para informarme de cómo va el caso.

—No necesita protegerte. Me tienes a mí. Puedes decirle que deje de llamar.

Selena no supo qué decir. Él era un detective de policía que intentaba resolver el asesinato de su madre y ella era una testigo del caso. ¿Por qué Zeek seguía pensando que era otra cosa? Era inquietante. ¿Acaso no confiaba en ella?

Dijo:

—Tiene que mantenerme al corriente del caso. Cuando detengan a Fox, me ha dicho que tendré que identificarlo en una rueda de reconocimiento. Creo que todo esto es muy normal.

—¿Normal? ¿Que un tipo haya estado llamando a mi novia dos veces al día durante los últimos tres días? Yo creo que le gustas.

Ella negó con la cabeza.

—No lo creo. Me parece una locura.

Zeek empezó a pasearse de un lado a otro del apartamento. Subió la voz.

—¿Me estás llamando loco? No estoy loco. Eres guapísima, preciosa y joven. Seguro que te desea todas las noches. ¿Por qué no te das cuenta? ¿No sabes cómo piensan los tíos? Yo soy un tío y lo sé. Te apuesto a que se está pajeando pensando en ti ahora mismo.

Selena retrocedió. Zeek nunca había sido tan vulgar. No resultaba atractivo. No creía que el detective estuviera masturbándose pensando en ella. ¿De dónde sacaba esas ideas tan raras?

—¿Qué, no tienes nada que decir a eso? ¡Porque sabes que es verdad! Por eso te llama, para oír tu dulce y joven voz. Oh, sí, seguro que fantasea contigo. Su historia de protegerte es su manera

de acercarse a ti. Yo puedo protegerte. Estoy aquí contigo todo el tiempo. Yo te protegeré. Él no —bramó Zeek.

Selena no creía que pudiera ganar aquella discusión ni hacerle entrar en razón. Dejaría que pasara y esperaba que se cansara de aquella escena de celos. Al principio había sido dulce, pero ahora le estaba echando para atrás, y mucho. Nadie era perfecto. Si esta era la única imperfección de Zeek, supuso que no estaba tan mal.

—¿Qué, no respondes?

—Bueno, es un detective.

—¿Así que crees que es más duro que yo? ¿Es eso lo que estás diciendo? —Se plantó frente a ella, con las manos en las caderas.

Se lo imaginó echando humo por las orejas. Estaba muy alterado. Era extraño y daba un poco de miedo. Gritó:

—¡Respóndeme! ¿Crees que es más duro que yo?

Ella se apartó de él y se sentó a la mesa, no queriendo verse atrapada en su trayectoria de guerra.

—No, claro que no. Pero, por favor, cálmate. Estás empezando a asustarme.

Él apoyó las dos manos en los brazos de la silla de ella y se cernió sobre su cuerpo.

—No vuelvas a decirme lo que tengo que hacer. Jamás me digas lo que tengo que hacer.

Una oleada de miedo la recorrió. ¿Habría tenido razón Alida? ¿Hasta qué punto conocía realmente a Zeek? Selena no podía mirarlo. Desvió la mirada y la fijó en la moqueta beis.

Él se apartó de la silla y continuó paseándose por el apartamento, resoplando.

Selena no entendía lo que estaba pasando. ¿Por qué estaba tan enfadado? ¿Por qué no le había visto tener un ataque de ira antes de mudarse con él? Ya había tenido aquella sensación en las entrañas. La sensación que sentía cuando oía a uno de los novios de su madre abofetearla o empujarla contra la pared.

Es una locura. Zeek no es así.

Los novios de mamá nunca fueron cariñosos ni atentos, ni le compraron jamás una joya. Esto no era lo mismo. Esto era diferente. Zeek la quería. Solo estaba pasando por un mal momento. Quizá

estaba estresado. Se recordó a sí misma que él también había visto un cadáver. Quizá necesitaba ser más comprensiva. No sabía cómo era la vida de un estudiante universitario. Pero ¿cómo podía ser más estresante que la suya? A lo mejor les pasaba algo más que ella no sabía. Quizá debería preguntarle cuando se calmara. Quizá estaba teniendo problemas en clase o en el trabajo. Nunca hablaba mucho de ninguna de las dos cosas.

Permaneció paralizada en la silla de la mesa del comedor. Él se acercaba de nuevo a ella con una expresión larga en el rostro. La rabia parecía habérsele disipado y haber sido reemplazada por la tristeza. Se arrodilló en el suelo y hundió la cara en el regazo de ella, con las manos alrededor de su cintura.

—Siento mucho haber reaccionado así. Tengo muchas cosas en la cabeza. Te quiero. Eres tan guapa que no dejo de pensar: ¿qué hombre no te desearía? Te quiero muchísimo. —Levantó la cabeza y dijo—: Por favor, perdóname. Te necesito. —Se puso de pie—. Ven conmigo. —Le tendió la mano y ella la cogió.

Con aprensión, lo siguió hasta el futón. Él la sentó y luego la empujó hacia atrás. El corazón le latía deprisa. No estaba segura de si debía tener miedo o excitarse. Él dijo:

—Te necesito tanto... Hazme el amor. Hazme el amor, di que sí.

No estaba precisamente de humor.

—Claro. Yo también te quiero.

Él la besó bruscamente y a ella le costó respirar. No le gustaba lo agresivo que se estaba mostrando. Le agarró los pechos y tiró con fuerza, ignorando el grito ahogado de ella. Le desabrochó los vaqueros y se los bajó hasta los tobillos con el pie. Se desabrochó sus propios pantalones y se bajó los vaqueros y los calzoncillos antes de tomar lo que quería. Ella soltó un pequeño chillido.

Él dijo:

—Oh, qué bueno está esto. Oh. Sí. Te gusta, ¿a que sí?

Ella asintió mientras él le metía la lengua en la boca. Cuando terminó, unos treinta segundos después, le dio un beso en la mejilla. El sudor de él se le pegó a la piel. Intentó no respingar ni apartarse. Él murmuró:

—Cariño, te quiero muchísimo. Ha estado genial.

Ella no podía mirarlo. No se parecía en nada a las pocas veces que lo habían hecho antes. Había sido paciente y generoso. Aquello era algo completamente diferente. *Gracias a Dios que decidí empezar a tomar la píldora justo después de que empezáramos a salir. ¿Pero qué coño?*

Se levantó de encima de ella y se dirigió al baño. Oyó correr el agua de la ducha. Se preguntó: ¿acaso él pensaba que eso era hacer el amor? ¿Quizá era así como le gustaba a él? Supuso que, cuando quieres a alguien, a veces tienes que hacer lo que esa persona quiere, aunque no te guste. Ella lo quería y él la quería a ella, y eso era todo lo que importaba, ¿no?

11

—•—

Selena estaba sentada a la mesa de la cocina leyendo su libro de precálculo. No le encontraba ningún sentido. Quizá estaba demasiado distraída para hacer los deberes. Tenía cita en la comisaría para intentar identificar a Fox en una rueda de reconocimiento. También se cumplía una semana de la muerte de su madre. Parecía que había pasado mucho tiempo, pero a la vez solo unos minutos. ¿Cómo podían siete días cambiar tanto las cosas? Su madre estaba muerta. Se había mudado con su nuevo novio. Los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina y necesitaba concentrarse. Volvió a leer el problema. Quizá debería intentarlo más tarde. Oyó el sonido de la puerta de entrada al abrirse y cerrarse. Sonrió. Era su momento favorito del día. Zeek la llamó desde la entrada,

—Cariño, ya estoy en casa.

Se había convertido en su pequeña broma, un guiño a los años cincuenta. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué estudias? ¿Precálculo?

—Sí, no paro de leer este problema una y otra vez. Es que no tengo la cabeza para esto.

—A lo mejor puedo ayudarte —dijo él—. Ya te dije que he sacado sobresaliente en todas las clases de matemáticas que he tenido desde que tenía como cuatro años, ¿no?

Los niños de cuatro años no suelen ir a clase de matemáticas, pero si quieres fardar del gran matemático que eres, adelante. Selena reprimió su pensamiento sarcástico. Supuso que no debería molestarse con él. Zeek no solo estaba bueno, sino que también era un poco friki. Eso la ponía muchísimo.

—No sé, no creo que pueda concentrarme ahora.

Él se inclinó para examinar la página.

—Oh, es muy fácil. No te sientas mal. A las chicas no se os dan bien las mates, no como a los chicos.

¿Que a las chicas no se nos dan bien las mates? Selena hirvió por dentro en silencio. Quería gritarle que, en realidad, tenía un sobresaliente en precálculo y que normalmente se le daba bastante bien. Simplemente, estaba bajo presión en ese momento y le costaba concentrarse. Meneó la cabeza.

—No, no es que no entienda las matemáticas. Es solo que estoy distraída ahora mismo.

—Si tú lo dices. ¿A qué hora tenemos que ir a la comisaría?

¿Si yo lo digo? ¿Estaba saliendo con un misógino? *Da igual.*

—Deberíamos salir en diez minutos, el detective Gates me pidió que estuviera allí a las cinco.

Vio cómo el cuerpo de Zeek se tensaba y luego se relajaba. A Zeek seguía sin entusiasmarle que el detective la llamara todos los días. No era que a ella le interesara el detective en un sentido romántico, pero era agradable saber que a alguien le importaba no solo el caso de su madre, sino también lo que le sucediera a ella. Era como ese tío sobreprotector que nunca tuvo. Y era guay que fuera detective de homicidios. Siempre había pensado que quería ser enfermera o médica, pero ver a la policía trabajar en el caso de su madre le había hecho pensar que quizá había otras formas de ayudar a la gente aparte de la medicina.

Zeek arrastró la silla hasta su lado y miró sus deberes. Le quitó el bolígrafo de la mano y resolvió el problema en la hoja de papel. *Su* hoja de deberes, la que *ella* tenía que entregar. Su profesor se daría

cuenta de que esa no era su letra. Que la pillaran copiando era lo último que necesitaba.

Se irguió y dijo, muy orgulloso de sí mismo:

—Ya está, resuelto. ¿Quién es el amo?

Selena puso los ojos en blanco.

—Ah, sin duda, tú eres el amo. —Seguía irritada por su comentario sobre que a las chicas no se les daban bien las matemáticas. ¿Habría estado bromeando? No parecía que estuviera de broma. Lo dejaría pasar por ahora. No se habían peleado en los últimos tres días y no le interesaba empezar otra discusión.

Él continuó haciendo sus deberes como para demostrar que de verdad era el genio matemático que decía ser. Nunca había dudado de que Zeek fuera listo, pero no molaba nada que estuviera cuestionando su inteligencia por ser mujer. *¿Quién hace eso?* ¿Y por qué seguía haciendo sus deberes? Ni siquiera intentaba enseñarle. Simplemente estaba presumiendo. No era una cualidad atractiva.

Supuso que debía considerarse afortunada de tener un novio listo. La mayoría de sus amigas salían con auténticos zopencos. Sobre todo porque eran guapos. Ella tenía la suerte de tener un hombre que era tanto listo como guapo. Su irritación hacia él se fue calmando.

Después de observarlo hacer sus deberes durante diez minutos, dijo:

—Vale, tenemos que irnos a la comisaría. —Al principio, le había parecido tierno que él insistiera en llevarla a la comisaría para la rueda de reconocimiento, pero pensándolo mejor, sabía que se debía, al menos en parte, a sus celos. No quería que pasara tiempo a solas con el detective.

Selena y Zeek entraron en la comisaría de la mano. Los recibieron tanto el detective Renier como el detective Gates. El detective Gates se presentó a Zeek, pero este masculló algo y se encogió de hombros con frialdad, sin siquiera estrecharle la mano.

Selena observó cómo el habitual trato amistoso de Gates hacia ella desaparecía.

—Gracias por venir, Selena —dijo el detective Renier—. ¿Está lista?

—Estoy lista.

El detective Gates se volvió hacia Zeek.

—Lamento decirle que no puede venir con nosotros. Tendrá que esperar aquí.

Selena sospechó que el detective Gates no lo lamentaba en absoluto. Se soltó de la mano de Zeek y, antes de que pudiera marcharse con los detectives, él la besó en los labios, marcando su territorio de forma evidente.

Selena lo dejó pasar mientras ella y los detectives recorrían el pasillo hasta llegar a una puerta azul marino. El detective Renier pasó una tarjeta por delante de un pequeño rectángulo negro y le sujetó la puerta. Con los nervios a flor de piel, entró sigilosamente. Se giró hacia los detectives.

—No puede verme, ¿verdad?

—Ninguno de ellos podrá verla. Es un espejo unidireccional. Tómese su tiempo, Selena.

Selena continuó hacia dentro y se detuvo frente al cristal.

El detective Gates le explicó cómo funcionaba el sistema. Ella asintió en señal de que entendía lo que iba a suceder. Supuestamente no había razón para tener miedo, pero lo tenía. Miedo de qué, no lo sabía. Él no podía verla, pero quizá temía cuál sería su reacción al verlo. Al hombre que había matado a su madre. Respiró hondo varias veces para calmarse.

El detective Gates le puso una mano en el hombro.

—No se preocupe. Van a hacerlos entrar ahora. Tómese su tiempo.

Asintió.

Vio cómo seis hombres entraban uno a uno y se giraban para mirarla. El corazón se le aceleró. *No pueden verte, Selena.*

No necesitaría tomarse su tiempo. Fox era el hombre número dos. Reconocería sus ojos pequeños y redondos en cualquier parte. Era repugnante y tenía un aspecto lamentable. Esperaba que lo encerraran y tiraran la llave. O que le hicieran lo mismo que él le había hecho a su madre. Se giró hacia el detective Gates.

—Es el número dos. Fox es el número dos.

—¿Está usted segura al cien por cien? —preguntó el detective Renier.

—Totalmente. Lo he visto varias veces. Es él, sin ninguna duda. Ninguna.

El detective Renier garabateó unas notas en una carpeta y luego se la entregó al detective Gates.

—Bien hecho, Selena —dijo Renier.

—¿Eso es todo?

El detective Gates sonrió.

—Sí. Vamos a sacarla de aquí.

La roca imaginaria que cargaba a su espalda se desprendió de ella al salir de la sala. Mientras el detective Gates la acompañaba por el pasillo, Selena preguntó:

—Irá a la cárcel para siempre, ¿verdad?

Esperó la respuesta más tiempo del que le habría gustado.

—Estamos bastante seguros de que irá a la cárcel, pero por cuánto tiempo, no lo sabemos. Haremos todo lo posible para que lo encierren por mucho tiempo.

—¿Tendré que testificar en el juicio?

—Sí, tendrá que hacerlo si va a juicio.

A Selena no le gustó nada cómo sonaba eso, ni un pelo. Ya era bastante malo verlo a través de un espejo unidireccional. Se sentiría muy feliz si no volviera a ver su repugnante cara nunca más. Pero si tenía que testificar para asegurarse de que lo encerraran, lo haría. Sería valiente. Tenía que serlo.

Se estrecharon la mano y se despidieron.

Selena corrió hacia Zeek, que se estaba mordiendo las uñas. Con tono agitado, le dijo:

—¿Nos vamos?

—Ya he terminado. —Sonrió.

—Bien. —Salió a toda prisa de la comisaría.

Prácticamente tuvo que correr tras él para alcanzarlo. Le gritó:

—¡Espera!

Llegó al coche y se subió sin decir palabra. Ella se deslizó en el asiento del copiloto.

—¿Qué te pasa?

—He visto cómo te miraba.

¿Cómo me miraba? Ay, Dios, otra vez no. Sonrió con dulzura.

—Zeek, sabes que solo te quiero a ti. No digas tonterías.

En un instante, le puso la mano en el cuello y la empujó contra la puerta del coche. Con los dientes apretados, dijo:

—¿Me estás llamando mentiroso? Lo he visto con mis propios ojos. No vuelvas a llamarme mentiroso.

Una mezcla de adrenalina, miedo y conmoción se apoderó de su cuerpo. Intentó quitarle la mano de un zarpazo mientras gorgoteaba:

—¡Para!

La soltó y miró al frente.

Selena se llevó la mano al cuello, donde él acababa de tener la suya. *Esto no está pasando. No puede ser.*

Zeek inclinó la cabeza sobre el volante, con el pecho agitado. Se incorporó y se giró hacia ella con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Lo siento mucho. No sé qué me ha pasado. Lo siento muchísimo. Por favor, dime que me perdonas. No sé qué haría sin ti, cariño.

Selena lo miró con otros ojos.

—Te perdono. Por favor, no vuelvas a hacerlo. Te quiero. —Sabía que no debía enfadarlo más. Si su madre todavía estuviera viva, se lo agradecería por esa lección.

—Yo también te quiero. —La besó dulcemente y se volvió a concentrar en el coche. Giró la llave y salió del aparcamiento de la comisaría.

Condujeron a casa en silencio.

Intentó procesar lo que acababa de suceder. ¿Cómo podía volverse tan frío tan rápido? Él sabía que su madre había muerto estrangulada, ¿y le ponía las manos en el cuello? Empezó a atar cabos sobre los acontecimientos de la última semana. El pavor inundó su mente y su cuerpo. Empezaba a pensar que había cometido un terrible error.

12

—.—

—¿Quién puede decirme cuál es la función trigonométrica de theta igual a pi tercios? —La profesora hizo una pausa—. Selena, ¿y usted?

Mierda. —¿Lo siento, qué?

Las risitas y los susurros de sus compañeros dejaron claro que no había estado prestando atención. Por lo visto, a ellos les hacía gracia que estuviera distraída por la muerte de su madre y por su novio enfadado. La profesora miró a Alida, que estaba sentada a la derecha de Selena. —¿Alida, quizá pueda usted ayudar a Selena? ¿Puede decirnos cuál es la función trigonométrica de theta igual a pi tercios?

Selena miró a Alida con cara de súplica. Alida dijo: —Claro...

Selena llevaba días dándole vueltas a aquello: ¿podría ayudarla Alida?

El día después de la muerte de su madre, Alida le había dicho que les preguntaría a sus padres si Selena podía quedarse con su familia. Por supuesto, Selena se había negado en rotundo, diciendo que tenía a su maravilloso novio con quien vivir. Alida no había vuelto a sacar el tema.

Selena supuso que Alida era demasiado optimista y que sus padres no estaban dispuestos a acoger a una adolescente huérfana durante el resto del curso. Los padres de Alida siempre habían sido educados y amables cuando visitaba su casa, pero, en el fondo, probablemente pensaban que Selena no era lo bastante buena como para juntarse con su única hija.

Estaba intentando hacerse a la idea de que, después de todo, Zeek no era el Señor Perfecto. Era más bien el Señor Imperfecto. Alida había puesto en duda lo genial que era desde el principio, desde aquel primer encuentro en la cafetería. ¿Cómo lo había visto Alida, pero Selena no? ¿Se había equivocado con Zeek? Se había equivocado, ¿verdad? Era un mal tipo, un maltratador. Si eso era cierto, ¿por qué seguía queriendo estar con él?

Desde el incidente en el aparcamiento de la comisaría el día anterior, se había mostrado atento, dulce y considerado. Incluso le había comprado flores. ¿Quizá estaba exagerando? Seguía queriéndolo aunque tuviera mal genio. Su sonrisa. Su beso. Sus brazos rodeándola. Eran las mejores cosas que había experimentado en toda su vida. Nunca se había sentido más querida ni deseada. Al fin y al cabo, eran sus celos los que lo llevaban a tal enfado.

Zeek probablemente solo estaba estresado por los exámenes finales. Selena esperaba que las cosas mejoraran cuando acabase el semestre. Sería su primera Navidad juntos y él le había dicho que quería que fuera a la celebración navideña de su familia para que los conociera a todos. Le hacía ilusión conocer a sus padres y a su hermano y hermana. Por lo que parecía, tenía una familia muy normal con una casa bonita en un barrio bonito con árboles de Navidad y regalos de Navidad y parientes que comían un festín de pavo todos juntos.

Aliviadas por el sonido del timbre, Alida y Selena salieron juntas del aula en dirección a la cafetería. —¿Estás bien? —preguntó Alida.

—Sí, es que ha sido una semana muy larga, ya sabes, con todo lo que está pasando.

—Lo siento. Si necesitas cualquier cosa o si alguna vez quieres hablar, sabes que siempre estoy aquí. Puedes contarme lo que sea.

Sé escuchar, te lo juro. Palabra de Girl Scout. —Alida levantó tres dedos.

—Gracias.

Entraron en la abarrotada cafetería y el olor a croquetas de patata hizo que a Selena le rugieran las tripas. *Croquetas de patata. Sí, por favor.*

—¿Qué tal el Príncipe Azul?

Ella sonrió. —Está bien. —*¿Príncipe Azul?* Selena dudaba que el Príncipe Azul hubiera intentado asfixiar a Cenicienta. Uf. Sabía que los cuentos de hadas no eran reales, así que ¿por qué esperaba que el de Zeek y ella sí lo fuera?

Ambas se pusieron en la larga cola.

—¿Qué tal la felicidad doméstica?

¿Felicidad doméstica? Era una felicidad la mayor parte del tiempo, ¿no? ¿O era solo una bomba de relojería? Quizá debería hablarlo con Alida. Le vendría bien hablar con alguien sobre lo que estaba pasando. Probablemente estaba exagerando, pero agradecería tener un desahogo. —Bueno, está muy estresado, así que ha estado un poco seco conmigo. —Selena observó la expresión de Alida.

Su alegre mejor amiga se puso muy seria. —¿No te ha pegado, verdad? ¿Ni se ha puesto violento?

Ella tragó saliva.

Alida insistió: —¿Selena?

Selena negó con la cabeza. —No, claro que no. Está estresado y hemos discutido un par de veces. Eso es todo. Los finales son la semana que viene, así que seguro que las cosas mejoran después.

—Me dirías si te estuviera pegando, ¿verdad?

—Por supuesto. —O más bien, probablemente no lo haría. ¿No sería bochornoso? Selena había orquestado toda su vida para asegurarse de que se convertiría en lo opuesto a su madre. Ahora tenía su primer novio de verdad y él se estaba comportando como todos los novios de su madre. Pero él no era como ellos. No lo era. Solo cuando se enfadaba. La mayor parte del tiempo era dulce y cariñoso y no paraba de hacerle cumplidos. ¿Quizá lo bueno superaba a lo malo?

¿Era eso lo que su madre se había dicho a sí misma también?

—¿Estás segura? Sabes, he hablado con mis padres. Puedes quedarte con nosotros. No tienes por qué vivir con él. Por favor, quédate con nosotros. ¡Será divertido, te lo prometo! —Pestañeó mirando a Selena.

¿Debería? ¿Cómo reaccionaría Zeek? ¿Rompería conmigo? Selena forzó una sonrisa. —De verdad, estoy bien. Me gusta vivir con Zeek. Todo está bien, te lo juro. *—¿Por qué me he echado atrás? ¿Ha sido por orgullo? ¿O por miedo a que Zeek rompiera conmigo?*

Alida suspiró y luego cambió de tono. —Me muero por unas croquetas de patata. ¿Y tú?

—Totalmente. Se me hace la boca agua.

Sus pensamientos volvieron a Zeek. No era como si hubiera intentado matarla. Solo estaba enfadado y la empujó. Ella lo quería. Él la quería. Era todo muy confuso. Quizás necesitaban hablar seriamente después de los finales. O tal vez ir a terapia. Eso era normal, ¿no? ¿Era normal después de salir solo seis semanas?

Selena esperaba en la entrada del instituto a que Zeek la recogiera. Le había dado vueltas y se había convencido de que había exagerado. Zeek no era como los novios de Debbie. Vio acercarse su Honda gris oscuro y sonrió. Haría que esto funcionara. Esto no era como su madre y sus novios maltratadores. Ella y Zeek eran diferentes. Esto era amor. Abrió la puerta y se metió dentro. Se inclinó para darle un piquito en los labios. Él le tapó la boca con la mano y se echó hacia atrás. Selena se quedó con la boca abierta. —¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa?

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Quién es ese tío con el que estabas?

Selena ladeó la cabeza y luego se giró para mirar por la ventanilla. Un par de chicos estaban cerca de donde ella había estado. —¿Esos chicos de ahí? No estaba hablando con ellos.

La tormenta regresó a sus ojos, normalmente azules y tranquilos. —No me mientas.

—No te estoy mintiendo. Ni siquiera los conozco. Creo que van a un curso o dos por debajo de mí. No estaba hablando con ellos, te lo juro. —Esperaba que la creyera. La tormenta persistía. Se le aceleró el pulso. *Por favor, no. Por favor.*

—Si no los conoces, ¿cómo sabes que van a un curso por debajo de ti?

—He dicho que creo que lo son. Ni siquiera sé cómo se llaman.

—¿Te acuestas con ellos?

Ella negó con la cabeza, incrédula. —No, Dios, no, Zeek. Eso es... —Ahora sabía que no debía usar la palabra *absurdo* ni *locura* ni nada que indicara que lo estaba insultando. Sabía lo que pasaba cuando lo hacía.

Zeek la fulminó con la mirada. —Eres una zorra. Si los quieres, vete con ellos. ¡Fuera de mi coche!

A Selena le entró el pánico. —Zeek, te juro por Dios que no estaba hablando con ellos.

Gritó: —¡Fuera!

Abrió la puerta. Con una pierna fuera, él la empujó hacia atrás y ella tropezó al salir del coche, y el contenido de su bolso se desparramó por el asfalto.

Para cuando se levantó y recogió sus cosas, él ya había salido del aparcamiento del instituto. Levantó la vista hacia los chicos con los que Zeek la había acusado de confraternizar. La estaban mirando fijamente. Uno de ellos corrió hacia ella. —¿Está usted bien? ¿Quién era ese?

Las mejillas le ardían. —Ah, era solo mi hermano. No pasa nada, es solo una riña familiar. Los hermanos son unos imbéciles. Estoy bien, de verdad. Gracias por preguntar. —Selena intentó contener las lágrimas que amenazaban con desatarse. Recogió la mochila y las llaves que se le habían caído y empezó a caminar hacia la parada del autobús. Mantuvo la cabeza alta, como si nada terriblemente vergonzoso o humillante acabara de ocurrir.

En ese momento, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, supo que no estaba exagerando. El hombre al que amaba le había

hecho daño. ¿Debería quedarse con la familia de Alida? ¿O quizá podría encontrar a su padre? Era posible que siguiera siendo un adicto, pero tal vez estar con él era mejor que ser maltratada por su novio. Apretó los ojos con fuerza.

Su peor temor se estaba haciendo realidad.

Se había convertido en alguien *exactamente como ella*.

13

—•—

Selena arrugó la nariz y desvió la mirada hacia la ventanilla del autobús. Odiaba coger el transporte público. El olor a vómito seco y a sudor le daba ganas de vomitar. Tampoco es que tuviera otra opción. Zeek no podía saber adónde iba ni qué estaba haciendo. Era cierto que, cuando por fin llegó a casa la noche anterior, Zeek se había disculpado, le había suplicado perdón y le había dicho que había dado la vuelta con el coche casi al instante, pero que no la había encontrado. No estaba segura de si era verdad, pero su nuevo patrón de perder los estribos con ella para luego disculparse, llorar y suplicar su perdón se había vuelto cansino muy rápido. No se quedaría con un maltratador. Había luchado demasiado como para acabar igual que su madre. Se le rompía el corazón al pensar que ya no tendría a Zeek en su vida, pero no se convertiría en una de esas mujeres. En una cifra más. Cerró los ojos y volvió a abrirlos. Era demasiado tarde, ya se había convertido en una de esas mujeres, pero no permitiría que la cosa siguiera así. No dejaría que le arruinara la vida.

¿Adónde iría? ¿Debía dejarse de tonterías y decirle a Alida que se mudaría con ella y su familia? Podía hacer eso, o podía encontrar a su padre. Quería encontrar a su padre, era la única familia que le

quedaba. Quizá él tenía un apartamento en algún sitio y ella podría quedarse con él hasta que se fuera a la universidad. El único problema era encontrarlo.

El autobús se detuvo y las puertas se abrieron con un resoplido. Se levantó del asiento y bajó los escalones hasta la acera. Con la cabeza alta, caminó con paso decidido hacia la entrada de la comisaría y atravesó las puertas automáticas. Se acercó a la ventanilla de recepción.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Vengo a ver al detective Gates.

—Su nombre.

Selena empezaba a darse cuenta de que no todos los policías eran amables, y desde luego este no lo era. Probablemente estaba resentido por tener que trabajar en recepción.

—Selena Bailey.

Visiblemente molesto por su presencia, le preguntó:

—¿De qué se trata?

—Del homicidio de mi madre.

El rostro del agente se suavizó.

—Lo llamaré. Puede sentarse allí, junto a la pared.

Se preguntó cuánto tiempo podría jugar la carta de *«han asesinado a mi madre»*. Solía dejar a todo el mundo sin palabras. Nadie sabía qué decirle después de eso, y ella tampoco sabía qué responder, así que le venía bien.

Se acercó a las sillas de madera oscura y se sentó a esperar al detective. ¿Podría ayudarla a encontrar a su padre? Eso esperaba. Había sido de gran ayuda hasta ese momento. Levantó la vista al oír su nombre en una voz familiar. El detective Gates estaba allí, con sus habituales pantalones oscuros y un polo, también oscuro, que marcaba sus músculos. Estaba claro que hacía ejercicio. Ahora entendía por qué Zeek se había puesto celoso. El detective Gates era bastante atractivo para ser un hombre mayor. Se puso en pie.

—Hola, detective Gates.

—No la esperaba, pero justo iba a llamarla. ¿Por qué no viene a mi mesa?

Ella asintió y lo siguió.

Se sentó en la silla junto a su mesa mientras él revisaba unos papeles.

—¿Para qué iba a llamarme?

—Bueno, déjeme ver. Sí, de acuerdo, es sobre su madre. El médico forense está listo para entregar el cuerpo. No hemos podido localizar a ningún pariente de su madre. Aunque creemos que tiene usted parientes por ahí. Simplemente, no hemos podido encontrarlos aún. Las últimas direcciones y números de teléfono que teníamos no funcionaban o estaban desactualizados. Podemos seguir buscando o, como usted es la única pariente cercana identificable, la decisión recae sobre usted.

Ella negó con la cabeza.

—¿Decisión? No entiendo qué me está pidiendo.

—Lo siento. Normalmente, lo que ocurre en este punto es que la familia solicita que el cuerpo sea trasladado a una funeraria para los preparativos del funeral.

Preparativos del funeral. No se le había pasado por la cabeza. *¿Quién iba a venir siquiera?*

—Suena caro. La verdad es que no tengo dinero para eso. ¿Qué pasa si no tienes dinero para eso? —Parecía que podía caer aún más bajo. ¿Quién no tenía suficiente dinero para enterrar a su propia madre? Tenía algunos ahorros, pero un funeral podría dejarla sin blanca. En ese momento, necesitaba todo el dinero que pudiera conseguir.

—Los funerales pueden ser costosos. Hablamos de entre cinco mil y diez mil dólares por un funeral. Lo que sucede cuando la familia no tiene la intención de reclamar el cuerpo o no puede permitírselo es que el condado incinera los restos, los mete en una caja de cartón y los envía a un almacén. Si usted reclama los restos, hay una tasa que suele ser de algo menos de doscientos dólares. También puede elegir un recipiente que no sea una caja de cartón, pagando un extra. A algunas personas les gusta coger las cenizas y esparcirlas en el océano o en el lugar favorito de su ser querido.

¿Como mezcladas en su cóctel favorito? Qué pensamiento tan horrible. Selena se estremeció. ¿Tenía su madre un lugar favorito? No lo creía, pero tampoco quería dejar a su madre en una caja de

cartón en un almacén de la policía. Tendría que sacar el dinero de sus ahorros. No le quedaba mucho, pero no podía simplemente dejar a su madre en un almacén entre los olvidados y los no reclamados.

—No puedo permitirme un funeral y todo lo demás, pero me gustaría tener sus cenizas y quizás algo más bonito que una caja de cartón. ¿Sabe cuánto suele costar eso?

—Varía. Le conseguiré la información de la empresa que se encarga de los trámites.

—Vale. —Más gastos. Tendría que aumentar sus horas en el restaurante, cosa que debería hacer de todos modos. Necesitaba dinero ahora más que nunca. No podía depender de Zeek. Ni para tener un lugar donde vivir, ni para nada.

El detective Gates la miró con una expresión extraña en los ojos. ¿Pena? ¿Preocupación? Él dijo:

—La mantendré informada sobre el caso contra Fox. Esperamos que no llegue a juicio, pero nunca se sabe. El fiscal intentará que acepte un acuerdo. Ahora mismo no está colaborando, así que es demasiado pronto para saberlo. Pero si tiene alguna pregunta, puede llamarme cuando quiera.

Ella asintió y lo observó fijamente mientras reunía el valor para preguntarle si la ayudaría. Era la única razón por la que había ido a la comisaría durante su hora del almuerzo.

—Ha venido por alguna razón. ¿Era para preguntar sobre el caso de su madre o había algo más? —preguntó el detective.

Se mordió el labio inferior.

—Sí, esperaba que pudiera ayudarme a encontrar a mi padre. Lo más probable es que esté en algún lugar del Área de la Bahía.

El detective Gates se removió en su silla como si estuviera sopesando la petición. ¿No quería ayudarla?

—Cuando vino la primera vez para declarar, parecía que no quería tener nada que ver con su padre. ¿Ha cambiado algo?

Ella jugueteó con el anillo que llevaba en el dedo.

—No es que haya cambiado nada. Es solo que me pregunto si quizá sea mejor que viva con él en lugar de con Zeek, porque, ya sabe, acabo de solicitar plaza en las universidades y tendré que

presentar la solicitud de la beca y necesitaré su información. Ese tipo de cosas. Y… ahora solo tengo un progenitor y supongo que tenerlo a él es mejor que no tener a nadie. —Desvió la mirada al suelo mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

Se sintió tonta. Cada vez que se sentaba en la silla junto al detective, se derrumbaba. Era como si delante de todos los demás hubiera mantenido una fachada de acero. Algo en el detective Gates la impulsaba a decir la verdad, lo que finalmente la hacía venirse abajo. Quizás sentía que él era una fuerza protectora, alguien que no hacía daño a la gente. Era alguien que ayudaba a la gente. Aceptó el último pañuelo que le ofreció. Se secó los ojos y lo miró.

—Lo siento.

—No tiene por qué disculparse. La ayudaré a encontrar a su padre. Tenga, un trozo de papel, escriba todo lo que recuerde y todo lo que sepa sobre él. Todo irá bien.

No creía que él tuviera el poder de saber eso. No estaba segura de que todo fuera a ir bien. ¿Cómo podía estar tan seguro? No la conocía a ella ni su vida. Quizá debería quedarse con Alida hasta que encontraran a su padre. Lo pensaría.

Cogió el bolígrafo y escribió todo lo que recordaba sobre su padre. Su nombre completo y dónde estaba la última vez que lo vio. Podía sentir la mirada del detective sobre ella.

Terminó de escribir y deslizó el papel por la mesa.

—¿Podrá encontrarlo?

Él estudió el papel por un momento.

—Si anda por aquí, lo encontraremos. ¿Qué la ha hecho decidirse a venir durante el día? ¿No debería estar en clase?

Ella dijo:

—Pensé que quizá sería más fácil si venía sola, eso es todo. Ahora mismo es mi hora del almuerzo.

Habló en un tono tranquilizador:

—Selena, ¿hay algo más que quiera preguntarme o algo más que pueda hacer por usted hoy?

Selena bajó la vista hacia la alianza de oro amarillo en su dedo anular. Se preguntó cómo trataría a su esposa. ¿Era siempre así de tranquilo con ella o era como Zeek, que actuaba como si fuera

cariñoso, fuerte y cuidadoso, pero en un abrir y cerrar de ojos podía convertirse en un monstruo?

—No, eso es todo. Gracias. ¿Cuándo debería volver para saber si ha encontrado a mi padre?

—Podría llevar un tiempo localizarlo, pero ¿qué le parece si vuelve el lunes durante el almuerzo? —Tres días más. Estaría bien durante tres días más. Simplemente se aseguraría de no hacer nada que molestara a Zeek.

—Bueno, gracias de nuevo, detective Gates. Se lo agradezco de verdad. —Se levantó de la silla y estaba a punto de salir cuando él la detuvo—. ¿Puedo llevarla de vuelta al instituto?

Miró la hora en su móvil. No había ninguna posibilidad de que Zeek estuviera por allí, tenía clase hasta las dos.

—Sí, gracias.

En el trayecto de vuelta al instituto, el detective Gates le preguntó por sus clases y sus planes para la universidad. Le dijo que estaba impresionado con ella y que creía que tenía un futuro brillante. Ella esperaba que tuviera razón, y esperaba que pudiera encontrar a su padre.

14

—•—

El domingo por la mañana, Selena sonrió al sentir que Zeek la apretaba con fuerza. Abrió los ojos de par en par y la sonrisa se le desvaneció cuando su mente volvió a la realidad. ¿Por qué no podía controlar su ira? Era tan maravilloso cuando no estaba enfadado. Sin embargo, sabía que no había nada que pudiera hacer. Era hora de ser valiente.

Sabía que el destino podría dejarla sola en este mundo cada vez más oscuro, pero también sabía que no podía seguir en esa relación. La pregunta del millón era cómo lo dejaría sin que él se diera cuenta de sus intenciones.

Irónicamente, el canal de televisión favorito de su madre había sido Lifetime. Selena había visto un buen número de telefilmes protagonizados por una mujer maltratada que intentaba marcharse y era asesinada sin más por su marido, antes tan cariñoso. El anuncio de servicio público del final solía incluir un número de teléfono de ayuda y advertencias sobre la violencia de género. Entre su experiencia en la vida real y los tropecientos mil telefilmes que había visto desde que nació, ¿cómo había acabado tumbada al lado de un hombre así?

Una cosa que siempre le había rondado por la cabeza era que cuando un maltratador cree que te vas a marchar, es cuando ataca con más fuerza. No es que pensara de verdad que Zeek fuera capaz de asesinar, pero más vale prevenir que curar. Lo echaría de menos. Lo echaría *muchísimo* de menos.

Se dio la vuelta, se puso frente a él y le plantó un beso en los labios. —Ojalá pudiéramos quedarnos aquí tumbados todo el día.

Él le pasó los dedos por el pelo y dijo: —¿Y por qué no?

—Para empezar, tengo que ir a trabajar; para seguir, tenemos que estudiar para los finales. Uf, y para terminar, tengo que acabar mi proyecto de fin de curso. Quizá después de los finales podamos pasarnos un día entero sin hacer nada. —Era una promesa que sabía que nunca cumpliría.

Él se echó hacia atrás. —¿Tienes que trabajar hoy? Pensaba que librabas.

—Sí, le pedí a mi jefe que me aumentara las horas si podía. Necesito el dinero.

—Creía que ya habíamos hablado de esto. No necesitas trabajar horas extra. Yo puedo cuidar de ti.

Un escalofrío la recorrió. Tenía que desactivar la bomba que estaba a punto de estallar. Cuando había aumentado sus horas, había previsto que él podría molestarse, así que no se lo había dicho. No se había dado cuenta de que él se sabía su horario de memoria. —Ya sé que puedes, lo que pasa es que estuve hablando con el detective… —hizo una pausa. El detective era otro detonante y no le había contado que había ido a la comisaría—. Dijo que tengo que reclamar el cuerpo de mi madre y he elegido que la incineren. Cuesta mucho dinero. No quería que tuvieras que pagar tú por los restos de mi madre, ¿sabes?

Observó y esperó. Quizá estaba demasiado cansado para pelear. O quizá estaba planeando su ataque.

Entrecerró los ojos, los cerró y volvió a abrirlos. —¿Cuándo hablaste con el detective?

Mala señal. —El viernes. El forense estaba listo para entregar el cuerpo de mi madre y necesitaba saber qué hacer con él.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Qué más me estás ocultando?

—No te oculto nada. Solo intenté no pensar en ello. Es muy duro pensar en tener que reclamar el cadáver de mi madre. No quería pensar en ello, y mucho menos hablar de ello.

No se estaba calmando. Se estaba encendiendo. Se sentó en la cama. —No me gusta que me ocultes cosas. Yo no te oculto nada. Para que tengamos una relación, tenemos que tener confianza y estoy empezando a no fiarme de ti.

Ay, madre. Ella se incorporó, cubriéndose con las sábanas de color gris claro. —Puedes confiar en mí. No te oculto nada, te lo juro. Si quieres que te lo cuente todo, el detective dijo que seguiría en contacto mientras preparaban el caso contra Fox. Puede que tenga que testificar en el juicio.

Sus hombros parecieron relajarse. El alivio la inundó. Sonrió y le rodeó el cuello con los brazos. —Te quiero muchísimo, Zeek.

Él la rodeó con sus brazos. —Yo también te quiero, nena.

Tras retozar entre las sábanas, vio cómo Zeek se dirigía sin prisa al baño. Al oír el chorro de la ducha, saltó de la cama y miró la hora en el móvil. Tenía veinte minutos para prepararse para el trabajo, lo que significaba que no tenía tiempo para ducharse. Se puso la ropa del trabajo justo cuando Zeek volvía a entrar en el dormitorio. —¿Adónde vas?

—A trabajar.

—Te he dicho que no necesitas trabajar horas extra.

Selena se quedó helada. *Había vuelto. La furia.*

—Pero tengo turno, no puedo no presentarme. Les diré que me reduzcan las horas. No pasa nada, pero tengo que irme ya. No quiero que me despidan.

Se acercó a ella con aire amenazante. —¿Y qué más da que te despidan? Yo puedo cuidar de ti. ¿Es que no crees que pueda cuidar de ti?

—No, claro que te creo. De hecho, sé que puedes. Lo que no quiero es que tengas que hacerlo todo tú. Te quiero y quiero ser tu compañera, no solo alguien a quien cuidas.

—Quiero que dejes el trabajo. Solo irás a clase. Yo cuidaré de ti. Yo soy el hombre y yo cuidaré de ti.

Santo cielo, pero si es un misógino. Se le revolvió el estómago. Reprimió sus sentimientos y sonrió con dulzura. —Sé que puedes, y te lo agradezco. ¿Qué te parece esto? Voy hoy y presento mi renuncia.

Él ladeó la barbilla y la miró con el diablo en los ojos. —No, eso no me vale. Has dicho que te gustaría pasarte todo el día en la cama, así que eso es lo que harás. Quiero darte todo lo que siempre has deseado. ¿Qué te parece?

Fatal. —Me encanta la idea, Zeek, sería un sueño hecho realidad. Déjame ir solo hoy y terminar mi turno. No me gustaría dejarlos con uno menos sin avisar. Después de eso lo dejo, y el domingo que viene podremos pasarnos todo el día en la cama. —Cada vez le resultaba más difícil interpretar el papel de novia cariñosa.

—He dicho que no. No vas a ir a ninguna parte, aunque tenga que atarte a esa cama.

¿Era una amenaza? ¿Cómo había sido tan estúpida como para meterse en esta situación? Su móvil vibró, pero antes de que pudiera ver quién llamaba, Zeek se lo arrebató de la mano. Dijo con una mueca de desprecio: —Vaya, parece que te llama tu preciado detective. ¿Quieres que conteste por ti o prefieres contestar tú?

Ella negó con la cabeza. —Seguro que no es nada. O me dejará un mensaje o ya lo llamaré más tarde.

Él tiró el móvil al suelo. Ella había querido un plan limpio y calculado para salir de su vida, pero ahora sabía que sería mejor salir por piernas. Estaba decidido, en cuanto llegara al trabajo, llamaría a Alida y le diría que se quedaría con su familia.

Él no cedía. —¿Qué pasa? ¿No hay palabritas de amor para el detective? —Los ojos de Zeek se volvieron gélidos—. ¿Por qué no te pones cómoda y te tumbas, nena?

Selena se puso rígida.

—¿No me has oído? —La empujó sobre la cama con la fuerza de un cometa. Ella gritó de dolor y se llevó las manos al pecho.

Él dijo: —Quítate la ropa.

Se quitó la falda, se desabrochó la blusa y las arrojó al suelo.

—El resto.

Con manos temblorosas, se desabrochó el sujetador y se quitó las bragas. Se juró a sí misma que no lloraría.

—Y ahora no te muevas de aquí.

Salió de la habitación. Su mente se aceleró y el miedo creció en su interior. Miró su móvil en el suelo y sopesó la idea de cogerlo y pedir ayuda. ¿Ayuda para qué? No la había pegado. Todavía no.

Volvió a entrar en la habitación con una sonrisa diabólica y el odio en la mirada. —Nena, vamos a divertirnos un poco.

Se fijó en la cuerda que llevaba en la mano y su cuerpo se paralizó. Iba a hacerlo. Iba a atarla. ¿Cuál era la reacción correcta? Era como cuando te encuentras con un oso. ¿Se supone que tienes que hacerte la grande o hacerte la muerta? Dijo: —Zeek, de verdad que no es necesario. Me quedaré en casa. No pasa nada.

—No, no. Creo que esto será divertido. Confía en mí.

Una nauseabunda verdad la atravesó. *Disfrutaba viéndola retorcerse.*

Selena se despertó a la mañana siguiente, con las muñecas todavía atadas al poste de la cama. Los acontecimientos del día anterior aparecieron en su memoria. Le había suplicado y rogado que la desatara, pero él se lo había tomado a risa, diciendo que se lo estaban pasando bien. Como no quería enfadarlo, al final se había rendido. Había sentido alivio cuando Zeek la había dejado en paz después de haberse salido con la suya por segunda vez. No estaba segura de si él había dormido en el futón del salón o si se había marchado del apartamento. No sabía qué hora era; todo lo que podía deducir de la luz del sol que se filtraba por las persianas era que era de día. No oía ningún otro ruido en el apartamento. ¿Cuánto tiempo la dejaría atada? ¿Cómo iría a clase o se reuniría con el detective para ver si había encontrado a su padre? El pavor le atenazó el estómago. ¿Y si nunca había tenido la intención de dejarla marchar?

15

Selena estudió la habitación. No le había tapado la boca. Podía gritar pidiendo ayuda, pero ¿y si él estaba justo al otro lado de la puerta? Las muñecas y los tobillos le ardían por la cuerda y le dolía el pecho por el empujón. Siempre había estado segura de que la vida mejoraría y de que no estaba destinada a repetir los errores de su madre. Ahora no estaba segura de nada. Quizá una vida feliz no estaba escrita para ella. Quizá este era su destino.

Oyó el sonido de la cerradura de la puerta principal y su cuerpo se tensó. Instantes después, Zeek entró en el dormitorio con una sonrisa dulce en la cara y una bolsa blanca.

—Estás despierta —se deslizó hasta la cama, se inclinó y la besó en los labios—. Buenos días, nena. He salido a por el desayuno. Te he traído algo. Deja que te desate. Lo habría hecho antes, pero dormías tan profundamente que no he querido molestarte.

¿No querías molestarme? ¿Pero te parece perfectamente normal atarme en contra de mi voluntad? Claro.

—Gracias —consiguió decir.

Selena suponía que Zeek tenía problemas para controlar la ira, pero ahora se planteaba la posibilidad de que estuviera completamente loco. Le estaba hablando como si estuvieran jugando

a algo y como si ella hubiera estado durmiendo tan profundamente que no había querido quitarle las ataduras. ¿Acaso no veía las quemaduras de la cuerda y los oscuros moratones que tenía en el pecho?

Se encogió cuando él se acercó con una navaja, pensando que iba a cortarla, pero no lo hizo. En vez de eso, cortó la cuerda y la liberó.

—¿Puedo darme una ducha? —preguntó ella.

Él se rio.

—Claro.

Ella forzó una sonrisa débil, corrió al baño y cerró la puerta. De todas las pesadillas que había tenido de niña, ninguna se parecía a esta. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a escapar?

Se duchó rápidamente, sin mirarse los moratones, y bebió agua a sorbos del grifo. Luego salió del baño y se puso la ropa que estaba tirada por el suelo. Buscó por el suelo los trozos de su móvil. Quizá aún funcionara. Lo miró de reojo.

—¿Dónde está mi móvil?

—He pensado que sería divertido desconectar de la tecnología hoy, ¿no crees?

¿Desconectar de la tecnología? No le gustaba cómo sonaba eso. Sonaba mucho a que le estaba ocultando el móvil.

—Sin el móvil no sé ni qué hora es. ¿Qué hora es? Tengo que ir a clase.

—Seguramente te has perdido la primera hora, pero si te das prisa, llegarás a la segunda. Puedo llevarte.

¿Así de fácil? Una cosa estaba clara, podía llevarla, pero de ninguna manera iba a volver con él. *Jamás. Nunca. Jamás.*

—Vale, genial. Gracias —dijo.

A Selena le desconcertaba que Zeek tuviera dos personalidades tan diferentes. En un momento era un novio cariñoso y al siguiente se convertía en un loco desquiciado sin venir a cuento. Tenía que alejarse de ambos, y rápido.

Ahora sabía, sin ninguna duda, que no podía quedarse un instante más con Zeek. En cuanto recuperara su móvil o viera a Alida en el instituto, lo que ocurriera primero, hablaría con ella para mudarse con su familia hasta que localizaran a su padre. A la hora de comer,

se reuniría con el detective Gates. Con suerte, habría encontrado a su padre y podría quedarse con él.

No, no era demasiado tarde para ella.

No se rendiría todavía.

Escaparía de esta persona. Esta persona a la que creía haber amado.

—Tenía pensado quedarme cerca de todos modos. También te recogeré después de clase. ¡Hoy soy un novio con servicio completo!

Se le heló el corazón. No iba a perderla de vista. Se preguntó si de alguna manera sabría que había ido a la comisaría el viernes. Vale. Aún podía hacerlo. En el instituto, le pediría el móvil a Alida y llamaría al detective para explicarle la situación.

—Puedo coger el autobús si tienes otras cosas que hacer.

Él la agarró por la cintura.

—No, no pasa nada. Me gusta estar cerca de ti.

Mientras reprimía las náuseas, dijo:

—A mí también me gusta estar cerca de ti.

De camino al instituto, mordisqueó el dónut de arce que él le había traído mientras pensaba en todas las formas en que podía fingir que todo iba bien para no alertarle de que iba a darse a la fuga. Se acercaron a la salida de su instituto, pero en lugar de girar a la derecha, él se volvió hacia ella y sonrió.

—Tengo una sorpresa para ti.

¿Por qué no la llevaba al instituto? ¿Adónde la llevaba?

—Oh, una sorpresa, me encantan las sorpresas. Pero hoy tengo un examen —no tenía ningún examen, pero no le interesaban más sorpresas suyas.

—Oh, seguro que puedes recuperarlo. No pasa nada. Quería enseñarte algo muy especial. El otro día me di cuenta de que tú y yo nunca hemos ido al lago. ¿Te gusta el lago?

¿Había tenido Zeek una especie de brote psicótico?

—¿A qué lago te refieres?

—¡Al lago Tahoe, por supuesto! Has estado allí, ¿verdad? ¿A que es precioso?

¿Por supuesto? ¿Se refería al lago que estaba a cuatro horas de distancia?

—Sí, es impresionante. Aunque hace un poco de frío en esta época del año. ¿No está nevando?

—Sí, me encanta la nieve. Es tan impoluta… Mi familia tiene una cabaña con vistas al lago. Y lo mejor de todo es que está muy aislada, sin nadie a kilómetros a la redonda. Tú y yo podremos pasar tiempo de calidad de verdad.

El sudor le perlaba la frente. Esto era malo, muy, muy malo.

—Suena romántico. Aunque no estoy segura de que hoy sea un buen día para eso. Esta semana tengo los exámenes finales y el proyecto de fin de curso. Quizá después de que acaben las clases por las vacaciones de invierno, podríamos ir y pasar allí una semana entera. Sería increíble. Nunca me he alojado en una cabaña en el lago Tahoe. Es muy tierno por tu parte que quieras llevarme allí — esperaba que los halagos la llevaran a alguna parte; más concretamente, a cualquier lugar donde no estuviera Zeek.

Un destello de esperanza se encendió en su interior. Si no acudía a su cita con el detective, ¿quizá él se daría cuenta de que algo iba mal y vendría a buscarla? *Sé positiva, Selena, esto aún no ha acabado.* ¿Quizá estaba exagerando? O quizá a él le gustaba atarla y necesitaba un lugar apartado para divertirse más con sus juegos retorcidos. ¿Qué más estaba planeando? Se estremeció ante las viles imágenes que corrían por su mente mientras Zeek seguía conduciendo, alejándolos de su instituto.

16

—•—

DETECTIVE ED GATES

El detective Ed Gates observó a la pareja que se acercaba a él y a su compañero el jueves por la mañana. La mujer le sacaba unos buenos siete centímetros al hombre, que era algo rellenito, con el pelo y los ojos oscuros. Ambos tenían un aspecto un tanto desaliñado. Quizá exadictos. Ed se preguntó si los adictos se daban cuenta de que un ojo experto podía reconocerlos a la legua.—Soy el detective Gates y este es mi compañero, el detective Renier.

Se estrecharon la mano.

—Gracias por acceder a vernos. Como ya le mencioné por teléfono, soy Martina Monroe, especialista en seguridad e investigadora privada. Este es mi prometido, Charlie Bailey.

Selena tenía los ojos de su padre, se dio cuenta Ed. Selena había pensado que su padre seguía siendo un adicto, pero Ed no estaba tan seguro. El hombre llevaba ropa limpia y estaba prometido a una mujer relacionada con las fuerzas del orden y, a juzgar por su porte, quizá exmilitar. Dijo:—Ya veo. Lo cierto es que lo he estado buscando, Charlie. Selena me pidió que intentara localizarlo tras la muerte de su madre.

En los ojos de Charlie había un dolor manifiesto. Frunció el ceño.—No he parado de llamarla. Nunca me lo coge. Y en cuanto me enteré

de que Debbie había muerto, me he vuelto loco preguntándome qué le ha pasado a Selena.

Martina lo explicó:—Hemos estado buscando a Selena y me enteré de la muerte de Debbie a través de uno de mis contactos, que estaba investigando un asunto relacionado. No encontré nada que indicara dónde podría estar alojándose. Un amigo mío se enteró de que usted estaba buscando a Charlie, así que decidimos venir en persona.

Ed pensó: *¿Tiene una amiga que puede consultar los archivos policiales? ¿Quién es esta mujer?*

El rostro de Charlie reflejaba pura desesperación.—¿Sabe dónde está o dónde se aloja?

Selena había faltado a su cita del lunes. El instinto le decía a Ed que algo iba muy mal. No le gustó el comportamiento asustadizo de Selena cuando había estado en la comisaría el viernes anterior, ni el hecho de que hubiera sentido la necesidad de ir sola, sin el novio. Ese tal Zeek no le había gustado desde el primer día. Esperaba que el informe de antecedentes de Zeek llegara y demostrara que su instinto se equivocaba, pero Ed sabía que no era probable y aquello le daba un miedo de mil demonios.—No la he visto desde el viernes —dijo Ed.

—Pero ¿sabe dónde se aloja? ¿Dónde ha estado? —preguntó Charlie.

Ed temió que su preocupación se viera como un letrero de neón.—No exactamente. Se suponía que iba a venir el lunes para que le diera información sobre su paradero, pero no apareció. Tampoco ha respondido a mis llamadas. He llamado a su instituto y no ha ido a clase desde el viernes pasado. Hicimos una visita de control de bienestar en el apartamento donde se alojaba con su novio. No hay nadie en casa.

Martina se plantó con las manos en las caderas.—¿Quién es ese novio?

—Se llama Zeek Tate. Tiene veintidós años, o eso dice. Me da la impresión de que no llevan mucho tiempo juntos, quizá dos meses. Estoy comprobando sus antecedentes ahora mismo. No voy a mentirles. Estoy preocupado.

—¿Es raro que no responda a sus llamadas? —preguntó Martina.

—Lo es. Desde la muerte de su madre, la he llamado al menos una vez al día para ver cómo estaba. Es una buena chica, pero el novio… no estoy tan seguro. —No quería tener razón sobre Zeek, porque si la tenía, significaba que Selena estaba en un lío muy gordo. No le cuadraba que Selena no se hubiera presentado el lunes o que llevara tres días sin ir a clase. La última vez que hablaron, Selena estaba entusiasmada con la universidad, ya había enviado sus solicitudes y estaba terminando el proyecto de fin de curso. No tenía sentido que desapareciera sin más.

Lenny, un analista del piso de abajo, se acercó a sus mesas.—Oye, jefe, tengo el informe que pediste. Creo que querrás echarle un vistazo.

Ed no necesitaba ser detective para saber que no eran buenas noticias.—El tiempo apremia, ¿puedes darnos la versión resumida?

Lenny asintió y se centró en el papel.—Zeek Tate, veintidós años, originario de Ridgemont. Estudiante de sobresaliente en el instituto, admitido en UC Berkeley, pero lo dejó hace dos años después de que su novia desapareciera. No la han encontrado. Se sospechó que estaba implicado, pero los rumores dicen que el dinero de la familia silenció cualquier mala prensa. No tiene trabajo, pero asiste a algunas clases en el instituto de formación profesional local. Su situación económica indica que vive de una paga de sus padres.

Ed sintió ganas de golpear una pared. *Sabía* que había algo raro en ese tío. Debería haber vigilado a Selena más de cerca. Si le había pasado algo a Selena, sería culpa suya.

—Gracias, Lenny. —Miró a su compañero—. Tenemos que encontrar a Selena. Vamos a emitir una orden de búsqueda y captura del coche de Zeek y a hablar con su familia para ver si saben dónde está. Y comprueba si la familia tiene alguna propiedad en la zona o sus alrededores. ¿Puedes ponerte con ello cuanto antes?

—Claro, jefe. Me pongo a ello ahora mismo. Te avisaré en cuanto encuentre algo. —Lenny se apresuró a volver por el pasillo.

Ed miró a Martina. Ella se acercó un paso y habló en voz baja.—En mi profesión, tenemos formas de conseguir información muy rápidamente, pero no necesariamente por métodos que apruebe el

cuerpo de policía. Si comparte conmigo alguna información sobre este tal Zeek, quizá pueda encontrar a Selena más rápido que usted o su departamento, pero no puede hacer preguntas.

Él la miró directamente a sus ojos ambarinos.—Hágalo.Tenían que encontrarla *como fuera*.

17

—•—

Selena intentó secarse las lágrimas de las mejillas en la almohada. ¿Cuánto tiempo la mantendría atada? Nunca antes había tenido miedo a morir. Siempre había pensado que, cuando le llegara la hora, le habría llegado la hora, y lo aceptaría sin más. Ese tipo de pensamiento le permitía sobrevivir a las noches en que el último novio de su madre la asustaba a través de las paredes o de cerca y en persona. No estaba segura de si creía en Dios, pero siempre había creído que había un plan para su vida y la de quienes la rodeaban. Pero, si existía un Dios, ¿por qué permitía que gente como Zeek se aprovechara de las mujeres, que las atara como si fueran de su propiedad en lugar de seres humanos, capaces y fuertes? Iba a matarla. Lo sabía hasta en la médula de los huesos.

Se rio de sí misma por ser tan ingenua. Había dicho que nunca, jamás, sería como su madre. Y ahí estaba ella, adelantándose a Debbie dieciocho años enteros. Al menos su madre llegó a vivir hasta los treinta y cinco. Ojalá su madre estuviera con ella ahora.

Miró a ciegas por el dormitorio de la cabaña de los padres de Zeek. A pesar de estar atada a la cama, podía ver por la ventana. Estaba nevando. Nunca había visto una blanca Navidad y, dependiendo de cuándo planeara Zeek poner fin a su vida, tal vez

nunca llegara a verla. En el fondo, sabía que nunca la dejaría marchar.

El primer día le había suplicado y rogado que la desatara. Le juró que no se escaparía. Intentó seguir siendo dulce y no buscarle las cosquillas para convencerlo de que aún lo quería, pero antes de que acabara el día se dio cuenta de que todo era en vano. Él era un monstruo, y los monstruos no sueltan a sus presas.

Había soportado los últimos tres días principalmente mirando por la ventana, fingiendo que estaba fuera. Los danzantes copos de nieve y el lago centelleante eran mágicos; un marcado contraste con el interior, donde todo era oscuro y depravado.

Un pajarillo amarillo se posó en una rama y se le quedó mirando como si intentara comunicarle un mensaje. Sus ojos, fijos en ella. Quería ser ese pájaro. Quería ser libre. No podía rendirse. Tenía que luchar. Pero ¿cómo?

El crujido de unos pasos que se acercaban a la puerta del dormitorio desvió su mirada hacia la izquierda. Estaba volviendo. Con esa sonrisa espeluznante, la misma que antes le parecía tan deslumbrante, dijo:

—Buenos días, nena. Nos he preparado café. Por desgracia, aquí no hay Frappuccinos.

Forzó una sonrisa.

—Gracias, buenos días a ti también. Fuera está precioso. Quizá podríamos dar un paseo.

Zeek dejó el café en la mesilla de noche y se sentó en el borde de la cama. Se inclinó y la besó. Ella le devolvió el beso con todo el entusiasmo que pudo reunir. Lo que antes la hacía temblar de deseo ahora le revolvía el estómago.

Se reclinó.

—Pareces tensa. ¿No estás disfrutando de nuestro juego de rol? Ya sabes, todas las parejas juegan a eso, así mantienen viva la pasión. Quiero verte sonreír. Sonríe para mí.

Le dedicó una amplia sonrisa. Estaba convencida de que él sabía que era forzada, lo que aumentaba su placer.

—Me lo estoy pasando bien, pero estaba pensando que quizá sería aún más divertido si pudiéramos bailar juntos o preparar el

desayuno o algo así. Ya sabes, algo más que estar tumbados en esta vieja cama. —Intentó añadir un tono alegre a su voz—. Además, estoy empezando a oler fatal. ¿No disfrutarías de una Selena con un aroma más fresco?

Él se inclinó sobre ella y le olisqueó el cuello, y luego continuó olisqueándola por su cuerpo desnudo hasta que llegó a su centro. Levantó la vista y dijo:

—Hueles un poco fuerte.

Se preguntó cómo era posible que aquello lo excitara. Llevaba tres días sin ducharse y estaba usando un bol de cocina como retrete.

Se incorporó.

—Déjame pensarlo. No me gustaría que dejaras de jugar conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—No voy a ir a ninguna parte, cariño. Te quiero. Nunca te dejaría. Eres el amor de mi vida. No veo la hora de que podamos casarnos y formar una familia.

—Déjame pensar. —La recorrió con la mirada y luego salió rápidamente de la habitación.

Se preguntó qué tendría en mente. Seguramente no sería algo como: *«Era broma, el juego ha terminado, ya eres libre»*. Cualquier cosa con la que volviera sería terrible, pero no estaba segura de que pudiera ser peor que estar atada a la cama.

Buscó con la mirada posibles armas en la habitación. Había una lámpara en cada mesilla. Una silla. Poco más.

Cuando llegaron, él le había hecho un recorrido por la casa. Tenía tres dormitorios, un salón, una sala de estar con un televisor de pantalla plana y cómodos sofás, y una cocina de tamaño decente. Al verla, todos sus miedos se habían desvanecido. Pensó que quizá de verdad la estaba llevando a una escapada romántica para compensar haberla atado la noche anterior. Incluso después de haber estado atada a su cama en el apartamento, nunca habría imaginado aquello.

La cocina parecía bien surtida. Si conseguía llegar a la cocina, podría encontrar un arma. Él era más grande y listo, pero ella había sobrevivido a demasiadas cosas en sus casi dieciocho años como para que su vida terminara de esa manera.

Regresó, aparentemente con las manos vacías.

—Para que quede claro, yo estoy al mando. Son las reglas del juego, ¿vale?

Asintió rápidamente.

—Claro, tú estás al mando.

Se acercó a la cama, sacó una pistola negra de la cinturilla de sus pantalones y la apuntó hacia ella.

Cerró los ojos con fuerza. *«Oh, Dios, va a matarme ahora mismo y no hay nada que pueda hacer»*.

Se acercó más y le apoyó el cañón de la pistola en la sien para luego seguir el rastro por su mejilla, su cuello, su clavícula y el costado de su cuerpo.

Pensó que iba a vomitar. Se inclinó y le besó el ombligo. Su cuerpo se contrajo, rechazando su contacto.

Levantó la vista hacia ella, fulminándola con la mirada.

—Solo un accesorio más para nuestro juego, para asegurarnos de que todo el mundo cumple las reglas. Espero que sigas las reglas, de verdad que sí. Me lo estoy pasando demasiado bien como para terminar ahora.

Se guardó la pistola de nuevo en la cinturilla y empezó a desatar las cuerdas. No alcanzaba la lámpara. De todos modos, era demasiado grande y aparatosa para usarla como arma. Quizá, cuando la desatara, podría correr. Un blanco en movimiento era más difícil de alcanzar. Pero también estaba desnuda y fuera estaba nevando. Si no la mataba él, lo harían los elementos. No podía correr. Tendría que luchar contra él.

Mientras le quitaba la última atadura del tobillo, dijo:

—Vamos a asearte.

Estaba tan aturdida que no respondió.

Exigió él:

—Venga. Levanta ya.

Pasó las piernas por el borde de la cama y se apoyó en el colchón para estabilizarse. Llevaba tres días sin caminar y tenía las piernas débiles. Caminó como un zombi hasta el pequeño baño contiguo y abrió la ducha. Entró y fue a correr la cortina, cuando él dijo:

—No, no, quiero mirarte.

Forzó una sonrisa y volvió a abrir la cortina. Se enjabonó mientras él la observaba, pistola en mano. Jamás en su vida había estado tan aterrorizada, y ahora se daba cuenta de que eso era mucho decir.

Había conseguido convencerlo de que la desatara. Era una pequeña victoria. Lo siguiente era lograr que le diera acceso a la cocina. Se haría con un cuchillo o algo afilado. Entonces podría usar el factor sorpresa. Primero, un rodillazo en sus partes y luego apuñalarlo en el ojo. Después, cogerle las llaves y llevarse el coche. Conducir sin parar. Conducir de vuelta a la comisaría de Grapton Hill.

Cerró el agua, cogió la toalla del gancho y se envolvió en ella antes de pisar la alfombrilla de baño de color verde brillante.

—¿Puedo ponerme la ropa? Hace frío aquí.

—Claro. Pero también tengo otra cosa para que te pongas. —De su bolsillo, sacó un rollo de sedal. *«Malas noticias»*.

Se arrodilló, se metió la pistola en la parte de atrás de los vaqueros y le rodeó el tobillo con el sedal. ¿Era esa su oportunidad para aplastarle la cara con el pie? Demasiado arriesgado. No tenía un arma de repuesto.

Lo ató, luego volvió a la cama y lo ató al armazón. Le sonrió.

—Ahora puedes caminar por la casa. Podemos bailar y fingir que estamos casados, pasando nuestra primera Navidad juntos como marido y mujer. Tú me prepararías el desayuno mientras hablamos de cuántos hijos tener. Al menos un niño y una niña. Ya me lo imagino, mi esposa, en el lugar que le corresponde: en casa cuidando de los niños y de todas mis necesidades.

Definitivamente, estaba lista para luchar contra ese tipo.

—Suena increíble. Estoy deseando que llegue. Un día, después de que terminemos la universidad y… —Su aceptación de esa vida de fantasía fue interrumpida por la carcajada de él.

Dijo:

—Nena, no hace falta que vayas a la universidad. Yo ganaré el dinero, yo cuidaré de todos nosotros.

—Oh, vaya, no me había dado cuenta de que nuestro matrimonio sería así. Suena tan… agradable. —*«Agradable, sí, si crees que sería agradable pasar tu vida con un marido psicótico y algunos de sus dementes retoños»*—. Este tipo, este producto del patriarcado, *no*

sería su fin. Estaba lista para luchar. Luchar a muerte, si era necesario. Dijo—: Me muero de hambre. ¿Hay comida para que te prepare el desayuno? ¿Quizá huevos y tostadas? —En realidad, solo sabía cocinar huevos; cruzó los dedos para que eso fuera lo que él tuviera.

—Claro, vamos a vestirte. Tengo huevos, tostadas, beicon e incluso te he comprado un delantal.

«Un delantal, justo lo que siempre había querido. Pues no». Se vistió rápidamente para asegurarse de que no cambiara de opinión sobre dejarla deambular. Forzó una sonrisa, feliz de estar al menos limpia y cubierta.

—Lista. Vamos a preparar el desayuno.

Salió del dormitorio, recorrió el pasillo y entró en la cocina en forma de L con una isla en el centro. No vio ningún taco de cuchillos en la encimera. *«Deben de estar en el cajón»*. Los nervios le atenazaban mientras repasaba el plan en su cabeza. ¿Sería capaz de llevarlo a cabo? Solo había una forma de saberlo.

Fue al frigorífico y sacó un cartón de huevos, un paquete de beicon, pan, mantequilla y leche. Los dejó en la encimera y empezó a tararear «Bad Romance» de Lady Gaga para calmar los nervios.

Abrió el cajón para buscar los utensilios. No había cuchillos, pero sí una plétora de cucharas y tenedores. Tendría que apañárselas. Un tenedor en el ojo probablemente era tan malo como un cuchillo, ¿no? Cogió el tenedor y empezó a batir los huevos en un bol similar al que había estado usando como retrete. Sintió que la bilis le subía por la garganta.

Zeek se le acercó por detrás, le puso las manos en la cintura y empezó a besarle el cuello. Si no la tuviera secuestrada, habría sido algo romántico, pero como la tenía secuestrada… no tanto. Una rabia homicida se arremolinó en su interior. Era ahora o nunca. Se dio la vuelta y sonrió, con el tenedor en la mano. Lo besó y lo empujó contra el frigorífico para tener más impulso y golpearlo con toda la fuerza que pudiera.

Él le sonrió dulcemente, como si no fuera un lunático, y dijo:

—Te quiero.

Ella esbozó una sonrisa burlona.

—Yo también te quiero, *nene*. —Y le dio un rodillazo en los testículos con toda la fuerza de la que fue capaz. Mientras él se doblaba de dolor, agarrándose la entrepierna, ella lanzó el tenedor hacia su ojo, pero falló. *«Mierda»*. Lo intentó una y otra vez, pero él la apartó a manotazos. Él fue a por su pistola mientras ella le lanzaba los puños cerrados. La pistola se deslizó de sus pantalones y golpeó el suelo de baldosas con un chasquido. Se abalanzó sobre ella. Él la placó y le dio la vuelta. Ella yacía boca arriba mientras él se sentaba a horcajadas sobre ella, con la pistola apretada contra su frente—. ¡Vas a pagar por eso!

Cerró los ojos con fuerza y le rogó en silencio que no la matara.

18

—•—

DETECTIVE ED GATES

Ed aporreó el claxon. El centro de Lake Tahoe estaba atestado de turistas que no tenían ni pajolera idea de conducir. Estaban demasiado ocupados sorbiendo su chocolate caliente como para prestar atención a la carretera. Les importaba un pimiento que una chica joven pudiera estar en peligro.

—Oye, tener un accidente no nos ayudará a llegar más rápido —dijo Martina—. ¿Estás seguro de que no quieres que conduzca yo?

—Estoy bien. Para el carro, ¿quieres?

Martina parecía preocupada por su futura hijastra, pero tampoco conocía toda la historia. Si la supiera, estaría aterrorizada. Ed no había querido alertar al padre de Selena, Charlie, ni a Martina de la mala espina que le había dado Zeek casi al instante. Había conocido a suficientes depredadores en su vida como para sospechar que Zeek formaba parte de ese club de criminales. Era una de las razones por las que había insistido en mantenerse en contacto con Selena. No se fio de ese tipo desde el primer día.

Ed tampoco les había dicho a Martina y a Charlie que Selena le había confesado que era mejor que hablara con él a solas *sin que Zeek estuviera presente*. Debería haber hecho más rondas de

vigilancia. Debería haber ido a verla más a menudo. Si aquello acababa mal, sería por su culpa.

No le entusiasmaba la idea de ir a la posible escena de un crimen con una civil, pero, teniendo en cuenta que el equipo de Martina había encontrado la información sobre Zeek y las propiedades de su familia más rápido que el departamento, no podía decirle que no. Además, si encontraban a Selena, estaba bastante seguro de que a ella le alegraría un montón ver a su padre.

—Deberíamos trazar un plan de ataque organizado —dijo Martina —. Ya he avisado a un par de hombres míos de la zona de la bahía para que vengan como refuerzos.

¿Hombres como refuerzos? Aquella mujer estaba intentando hacerse con el control de su investigación. Tenía agallas, de eso no cabía duda. Normalmente, él estaría marcando territorio, pero quería encontrar a Selena con vida. Y, a ser posible, ilesa. Por ahora, dejaría pasar su afán de protagonismo.

—De acuerdo. El sheriff local y la policía ya están avisados de que podríamos necesitar refuerzos.

—Según los informes que he recibido, la casa se encuentra al final de un camino privado, a casi un kilómetro de la carretera principal — dijo Martina—. No quiero alertarlo de nuestra presencia por si la tiene retenida contra su voluntad. Deberíamos aparcar al principio del camino y subir a pie hasta la casa para que no nos oiga llegar.

Ed tuvo que admitir que Martina parecía saber lo que se hacía. Era asesora de seguridad y también investigadora privada, algo poco habitual. Ambos trabajos eran increíblemente peligrosos y duros. Ed supuso que tenía suerte de contar con su apoyo, teniendo en cuenta que Renier se había quedado atrás por una emergencia familiar. Pero, aunque hubiera venido, a Renier le quedaban tres meses para jubilarse y no era lo que se dice alguien *en forma*. Ed dudaba que su compañero hubiera sido capaz de hacer una caminata en las mejores condiciones, y mucho menos campo a través durante una nevada. Habría sido prácticamente inútil en esta situación.

—Me parece un buen plan. ¿Cuándo estarán tus hombres en posición?

Martina asintió.

—Les envié un mensaje cuando pasábamos por Sacramento. Deberían de estar dispersos por los alrededores, esperando mi señal.

¿Era exmilitar? ¿De operaciones especiales? ¿Quién era Martina Monroe?

Martina dio unos golpecitos en la ventanilla del copiloto.

—Es ahí. Es ese el camino. Para.

Aparcó en el arcén y tanto él como Martina salieron rápidamente del coche. Charlie había estado sentado en el asiento trasero. En silencio, durante casi todo el trayecto.

Una parte de él todavía esperaba que se tratara de un romance adolescente y no de lo que más temía: que Selena no estuviera allí por voluntad propia. Que se la hubieran llevado.

Ed se preguntó si Zeek se habría dado cuenta de que Selena no confiaba en él o que intentaba alejarse. ¿Por qué no se lo había dicho Selena si estaba intentando huir de Zeek? Él podría haberla ayudado y ponerla en contacto con gente que pudiera protegerla.

Abrió el maletero, cogió su chaleco antibalas y se lo puso. Charlie y Martina se reunieron con él en la parte trasera del coche. Martina y Ed acordaron rápidamente un plan de ataque y las señales manuales.

Martina le puso una mano en el brazo a Charlie.

—Quizá deberías esperar aquí. El detective Gates y yo estamos entrenados. No quiero que te pase nada.

Él negó con la cabeza.

—No. Es mi hija. Todo esto es culpa mía. Debería haber intentado encontrarla hace años. Nunca debería haberme ido. Voy a encontrarla.

Martina lo abrazó y luego se apartó.

—De acuerdo. Síguenos de cerca y no hagas ni un ruido. No te dejes ver.

Ed miró fijamente a Martina.

—Es la hora. —Hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera, asintió y se puso en marcha para subir por el camino.

Inspeccionó de izquierda a derecha. El sinuoso camino estaba flanqueado por pinos maduros cubiertos de nieve recién caída. Miró

por encima del hombro y vio a Martina adentrarse en el bosque con Charlie pisándole los talones.

Ed continuó durante diez minutos antes de divisar el tejado de una cabaña de madera de tamaño mediano y con forma de A. Al otro lado de la casa, vio a Martina y a Charlie. Martina le indicaba claramente a Charlie que se quedara atrás mientras ella fisgaba por las ventanas.

Ed se acercó sigilosamente por el otro lado de la cabaña. Se deslizó por el lateral de la casa hasta llegar a una de las ventanas. Un rápido vistazo confirmó que había un dormitorio con una cama de matrimonio, dos mesillas de noche, una silla y... Se quedó helado. ¿Era aquello una cuerda sobre la cama? *No.* Había tenido razón. Selena estaba en peligro, si es que seguía viva.

Se agachó y continuó rodeando la cabaña. Llegó a la esquina delantera y miró hacia el otro lado, donde Martina estaba en cuclillas. Le hizo una señal para indicarle que tenía contacto visual con dos personas y que una de ellas iba armada. La mirada de Martina se lo dijo todo.

19

—•—

Selena sintió la presión de la pistola en la frente. Las lágrimas le corrían por las sienes. Era hora de hacer las paces con su vida. Todo lo que había hecho mal. Las cosas que había hecho bien. Quizá se lo merecía. Sus pensamientos cambiaron cuando la pistola se deslizó de su cara y Zeek se incorporó.

—¿Qué ha sido eso?

Selena abrió los ojos de par en par. Estaba distraído. Creyó oír algo, pero probablemente solo era un ciervo. Era o una oportunidad para luchar por su vida o una posible misión suicida. Giró a la derecha para ver dónde había caído el tenedor y miró hacia la ventana. Le pareció ver movimiento. ¿Había alguien ahí fuera? Volvió a mirar a Zeek, que ya no le prestaba atención. Probablemente pensó, y con razón, que no iría a ninguna parte con él inmovilizándola. Intentó coger el tenedor, pero sus miradas se cruzaron. Juraría que vio al mismísimo Satanás.

Suplicó:

—No hagas esto, Zeek. Por favor. Te quiero. Sabes que te quiero.

Él le escupió.

—Eres una zorra estúpida y mentirosa, como todas las demás. Ahora puedes estar con el resto de ellas. Te hago un *spoiler*: no te

va a ir muy bien. —Zeek apuntó con la pistola y ella cerró los ojos y rezó—. *Por favor, Dios, si estás ahí, por favor, no dejes que me mate. Quiero vivir. Quiero una vida.*

Un fuerte estruendo y un golpe la hicieron abrir los ojos. En un instante, Zeek se desplomó con un chorro de sangre manando del pecho. Su pistola cayó sobre las baldosas. Selena lo apartó frenéticamente como si tuviera el virus del ébola. Se puso a cuatro patas y se sorprendió al ver al detective Gates y a una mujer corriendo hacia ella y Zeek. El detective Gates cogió la pistola y se inclinó sobre Zeek.

La mujer la ayudó a levantarse del suelo. La mujer miró el sedal de pesca en el tobillo de Selena y luego sacó un cuchillo de la funda de cuero que llevaba en la cadera, desplegó la hoja y cortó el alambre antes de alejar a Selena de la cocina.

La mujer alta, de pelo oscuro y corto, la estudió.

—Selena, ¿está usted bien? ¿Está herida?

—Estoy bien. —*Más o menos.*

La mujer se giró e hizo un gesto a alguien para que se acercara. A Selena le dio un vuelco el corazón.

—¿Papá?

Su padre la rodeó con los brazos.

—Selena. Qué alegría verte. Te quiero tanto. Siento mucho no haber estado ahí. Nunca debería haberte dejado. He estado intentando enderezarme. Pensé que me odiarías por haberme ido, así que me mantuve alejado. Lo siento mucho.

Nunca antes había visto a su padre llorar. Apoyada en su cuello, dijo:

—Yo también te quiero.

¿De verdad estaba pasando aquello? ¿Cómo la habían encontrado? Se secó la cara con la manga y retrocedió.

—No te odio. Me alegro mucho de verte. ¿Cómo me has encontrado?

Su padre se secó el rabillo de los ojos.

—Me enteré de que tu madre murió hace solo unos días. Esta es Martina. Es mi… Es mi prometida, pero también es investigadora privada. Ha estado trabajando con la policía para intentar

encontrarte. El detective Gates nos explicó el posible peligro en el que estabas. Dijo que no habías aparecido en una cita el lunes y que no habías ido al instituto. No conseguía localizarte por teléfono.

Selena se giró y encontró al detective Gates acercándose a ellos. Más allá de él, un charco de sangre rodeaba a Zeek. Corrió hacia el detective Gates y le echó los brazos al cuello mientras murmuraba:

—Gracias. Gracias. Gracias. —No supo cuánto tiempo permaneció abrazada a él antes de separarse y preguntar—: ¿Cómo sabía que estaba aquí?

Él sonrió y ella habría jurado que tenía lágrimas en los ojos.

—Ha sido un esfuerzo en equipo. Todos la hemos estado buscando. ¿Ha conocido a Martina? No estoy seguro de que la hubiéramos encontrado a tiempo si no fuera por ella.

Selena se volvió hacia su… ¿futura madrastra?

—¿Es eso cierto?

—Mi empresa ayudó a obtener la información rápidamente, pero el detective Gates es el verdadero héroe. Él es quien derribó la puerta y le disparó a Zeek, salvándole la vida a usted.

Hacía unos instantes, pensaba que iba a morir. Levantó la vista hacia los héroes que le habían salvado la vida.

—Siento mucho haber causado tantos problemas. Debería haberlo sabido. Debería haber visto las señales. Creciendo con el flujo constante de capullos de mamá, debería haberlo sabido. Fui tan estúpida. —Desvió la mirada.

El detective Gates dijo:

—No es usted estúpida, Selena. Él era un maestro de la manipulación. ¿Sabía que su última novia acabó desaparecida, presuntamente muerta, y que él era sospechoso?

¿Qué? Negó con la cabeza.

El detective Gates la obligó a mirarlo.

—No había forma de que usted lo supiera. No es culpa suya. No tiene por qué disculparse.

Martina le puso una mano en el hombro a Selena.

—El detective Gates tiene razón. No es usted estúpida. Por lo que he oído, ni de lejos. En mi trabajo, veo que esto pasa muy a menudo, *demasiado* a menudo. Le pasa a gente lista, no tan lista,

joven, vieja, rica, pobre, blanca, negra y morada. No es su culpa. Zeek era un depredador y se aprovechó de usted. No puede culparse. Estos depredadores saben cómo camuflarse y disfrazarse. Siempre empieza todo de forma maravillosa y cariñosa y luego algo sucede para que muestren su verdadera cara, ya sea porque creen que pueden salirse con la suya o porque el maltratador se siente amenazado, como supongo que le ocurrió a Zeek.

Selena no respondió. Si todo eso era cierto, ¿por qué se sentía tan idiota?

A lo lejos sonaron sirenas. Selena miró por encima del hombro hacia donde yacía el cuerpo arrugado de Zeek. Una mezcla de desolación y alivio la invadió. Había creído que lo amaba y que él la amaba a ella. Había pensado que era un buen partido. Inteligente, divertido y guapo. Sus verdaderos colores se revelaron demasiado tarde. Un monstruo que pensaba que las mujeres eran de su propiedad. ¿Cómo podría volver a confiar en otro hombre, o en su propio juicio?

20

—•—

NOCHEBUENA

Selena estaba doblando la colada en su flamante nuevo dormitorio cuando oyó el timbre. Dejó la camiseta que tenía en las manos y se apresuró por el pasillo hasta la entrada. Se puso de puntillas, miró por la mirilla y sonrió.

Abrió la puerta. En el porche estaba el detective Gates, que sostenía una gran caja de cartón. —¡Feliz Nochebuena! Adelante. —Se hizo a un lado para dejarle sitio.

—Feliz Nochebuena a usted también, Selena —dijo él—. ¿Dónde puedo dejar esto?

—Puede llevarla al comedor, mi padre y Martina también están allí. —Lo guio por el pasillo y giró a la izquierda para entrar en el comedor, donde su padre y Martina estaban sentados a una gran mesa ovalada con una flor de Pascua en el centro.

Martina y Charlie se levantaron y le estrecharon la mano al detective. —Nos alegramos de verle, detective —dijo Martina—. Gracias por venir esta noche. No tenía por qué hacerlo en Nochebuena, pero nos alegramos mucho de verle.

El detective Gates se sonrojó ligeramente. —No es ninguna molestia, me venía de camino a casa. He pensado que a Selena le gustaría tener sus cosas ahora que hemos dado acceso al

apartamento de Zeek. Además, tenemos más información sobre Zeek que me gustaría compartir. Es un poco inquietante, pero, Selena, creo que es importante que lo oiga. También tengo buenas noticias que darle. ¿Por qué no se sientan?

Selena cogió una silla y se sentó con aprensión. No sabía qué le iba a decir. Habían pasado nueve días desde que casi la matan. Habían pasado tantas cosas desde entonces. Martina y su padre la habían acogido en su casa con los brazos abiertos. Martina había insistido en que se mudara de inmediato e incluso le había buscado un terapeuta para hablar de su experiencia. Sabía que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a confiar en un hombre, pero no importaba. Tenía cosas más importantes en las que centrarse.

Selena no había conocido a nadie como Martina. Una mujer fuerte, independiente y que no dudaba en enfrentarse a los malos. Selena solo conocía a Martina desde hacía poco tiempo, pero sentía una fuerte conexión con ella, como si estuvieran destinadas a cruzar sus caminos aunque Martina no estuviera prometida con su padre. Era la primera vez que Selena tenía un verdadero modelo a seguir. No se lo había dicho, pero por ella había decidido tomar un nuevo rumbo profesional.

Hacía unos días, Martina incluso la había llevado de compras para elegir ropa de cama y decoración para su nueva habitación. Estaba muy agradecida de que su padre y Martina hubieran entrado en su vida. Selena se preguntó si, de no haber ocurrido todo lo malo —la muerte de su madre o su propio encuentro cercano con la muerte—, estaría donde estaba ahora. Quizá tuvo que pasar por aquella horrible pesadilla para tener esta maravillosa familia y este hogar. Era más de lo que jamás había soñado, porque no sabía lo que era un hogar lleno de amor. Así que sí, quería saber más sobre Zeek, porque si no fuera por él, no estaba muy segura de que estaría sentada en esta mesa en este momento. Y no había ningún otro lugar en el que prefiriera estar. Asintió hacia el detective Gates. —Quiero saberlo. —Se recompuso, preparándose para lo peor.

—Tras registrar el apartamento y la cabaña de sus padres, hemos encontrado pruebas que lo relacionan con otras dos chicas

desaparecidas —dijo él—. Una era la novia que sabíamos que estaba desaparecida y relacionada con él. La segunda era otra estudiante que había desaparecido durante su primer año en la Universidad de Berkeley. Las pruebas descubiertas nos llevaron a dos tumbas cerca de la cabaña. Encontraron a ambas mujeres.

Selena se tapó la boca con la mano y bajó la mirada. Se había enamorado y había salido con un asesino. *Un asesino.* El monstruo que se escondía tras una sonrisa arrebatadora y un cálido abrazo. Volvió a poner la mano en su regazo y miró al detective Gates. —¿Se lo han dicho a sus familias?

Él le dedicó una sonrisa tranquilizadora. —Sí. Aunque estaban destrozadas, se sintieron aliviadas de poder pasar página por fin después de tanto tiempo. Ahora pueden enterrar a su ser querido y empezar el proceso de duelo, lo que en sí mismo es un regalo. Pudimos hacerles ese regalo a esas familias gracias a usted. Gracias a su valentía. Porque luchó contra Zeek. Porque vino a mí y me dio pistas de que algo iba mal. Gracias a usted, encontramos a esas chicas. Así que, por favor, no piense que todo por lo que pasó fue en vano.

Se quedó pensando en eso. No creía que realmente se mereciera el mérito que él le estaba atribuyendo. Claro, ella había insinuado que no creía que Zeek quisiera estar cerca de las fuerzas del orden, y si no fuera por el detective Gates, ella estaría muerta y las tumbas nunca se habrían encontrado. Así que quizá era cierto en parte. Gracias a su situación, dos familias pudieron pasar página y ahora podían enterrar a sus seres queridos. Había algo extraordinario en ello. Que de algo tan horrible pudiera surgir un poco de luz para otras dos familias.

—Gracias por compartir eso conmigo. Me alegro de que pudieran encontrarlas.

El detective Gates le dedicó una sonrisa ladeada. —De nada. También tengo buenas noticias que quería compartir de inmediato. Fox, cuyo nombre real es Fletcher Peterson, ha aceptado un acuerdo con la fiscalía esta mañana. Con las pruebas físicas en su contra, su declaración y su identificación, el fiscal del distrito tenía mucho con lo que trabajar. Iban a acusarle de asesinato con circunstancias

agravantes, lo que significaba que podría haber recibido la pena de muerte. El acuerdo que aceptó le condena a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, en lugar de la pena de muerte. Pasará el resto de su vida en la cárcel.

Los ojos de Selena se abrieron como platos. —¿Entonces no saldrá nunca?

Los ojos color avellana del detective Gates brillaron. —Nunca.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Selena. —Gracias. Muchas gracias por hacer justicia por mi madre.

Martina le rodeó los hombros con un brazo mientras ella lloraba en silencio. Su padre se levantó de un salto, salió corriendo de la habitación y regresó con una caja de pañuelos. Martina se los cogió y le dio uno a Selena. Selena se calmó y se secó los ojos. A pesar de todos sus defectos, Selena echaba de menos a su madre y sabía que probablemente siempre la echaría de menos.

Martina intervino. —Detective, mi hija, Zoey, llegará pronto a casa. Ha estado fuera en la universidad, pero vuelve esta noche para celebrar la Navidad con nosotros. Nos encantaría que se quedara a cenar.

El detective Gates se levantó de un salto. —Agradezco la oferta, pero mi mujer y mi suegra están en casa preparando nuestra propia celebración. Debería irme, pero me gustaría desearles a todos una muy feliz Navidad.

Selena apartó la silla y se puso de pie. —Lo acompaño a la puerta.

El detective, Charlie y Martina se despidieron y se desearon feliz Navidad.

En la puerta, Selena dijo: —Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Sé que ha hecho mucho más de lo debido, y no creo que hoy estuviera viva si no fuera por usted. No solo ha hecho justicia por mi madre, sino que también me ha salvado la vida. No sé cómo podré agradecérselo nunca. —Sorbió para contener las lágrimas que asomaban. ¿Por qué lloraba siempre delante de esta persona? *Era supermolesto.*

Él sonrió con calidez. —Solo hacía mi trabajo, Selena. Pero me alegro de haber podido ayudar. Me alegro de que esté sana y salva.

Quiero desearle lo mejor en sus estudios, en su futuro. Estoy seguro de que llegará lejos. No tengo ninguna duda. Feliz Navidad.

Selena se sacudió algunas lágrimas y se secó la cara con el dorso de la mano. —Feliz Navidad, detective Gates. —Cerró la puerta y se volvió hacia su familia. La calidez inundó cada partícula de su interior. Entre su futura madrastra, que era una mujer de armas tomar, el detective que le había cubierto las espaldas y su cariñoso padre, nunca se había sentido más cuidada.

Más tarde esa noche, estaban sentados en el salón, admirando el árbol de Navidad de más de dos metros de altura, iluminado con luces brillantes y adornos de colores. Selena bebió un sorbo de su chocolate caliente sentada junto a su futura hermanastra. Frente a ellas, su padre y su futura madrastra se cogían de la mano mientras se reían de alguna broma interna que compartían.

—Oye, Selena, mamá dice que quieres entrar en la Universidad de San Francisco. ¿Ya has pensado en qué carrera? —preguntó Zoey.

—Bueno, había pensado en estudiar enfermería o medicina, pero después de todo, ahora me inclino más por la criminología y creo que quizá me dedique a la policía, a la investigación privada o algo así. Quiero ayudar a la gente.

Martina ladeó la cabeza. —No lo sabía. Eso es genial. Sabes, si te gustaría un trabajo a tiempo parcial, nos vendrías bien en la oficina. Tendrías la oportunidad de ver cómo funcionan las cosas en el mundo de la seguridad y la investigación privada.

Selena le sonrió radiante a Martina. —¡Me encantaría! Madre mía, gracias. —No podía creer que fuera a formar parte de un equipo de investigación de verdad. No necesitaba ni un solo regalo envuelto, ya tenía todo lo que podría haber deseado.

Martina sonrió. —Genial. Prepararé un plan cuando vuelva a la oficina la semana que viene.

Selena le sonrió y luego bajó la mirada hacia el pequeño diamante redondo que Martina llevaba en el dedo. —¿Cuándo pensáis casaros?

Martina y su padre intercambiaron una mirada. —Bueno, pensábamos en primavera, quizá en marzo, cuando Zoey esté en casa por las vacaciones. Además, hay algo que queríamos pediros a las dos. Zoey, ¿querrías ser mi dama de honor?

Los ojos de Zoey se abrieron de par en par. —¡Sí, por supuesto!

Charlie se enderezó. —Y Selena, me gustaría que tú fueras mi madrina. ¿Quieres?

—¿Madrina? —preguntó Selena.

Charlie explicó: —Es como un padrino, pero como eres una mujer, pues una madrina.

—¡Sí! ¡Me encantaría! ¿Tengo que llevar esmoquin o vestido?

Charlie sonrió. —Lo que tú quieras.

Selena asintió. —Genial.

Cuando escuchó la historia de cómo se conocieron Martina y su padre, se preguntó si la adicción de él fue muy parecida a la pesadilla que ella acababa de vivir. Él tuvo que ir a un lugar oscuro para encontrar su luz. Martina y Charlie se habían conocido en rehabilitación. Martina era voluntaria y llevaba diez años sobria, mientras que Charlie era un paciente. Al parecer, se enamoraron, pero las reglas decían que no podían tener una relación. Después de que él cumpliera un año sin consumir drogas, la invitó a salir y el resto es historia. Selena estaba orgullosa de su padre por haberse rehabilitado. En más de una ocasión lo había visto juguetear con su ficha de dos años entre los dedos. Pensaba que su padre también estaba orgulloso de sí mismo. Y con razón.

Miró hacia la chimenea, donde había cuatro calcetines decorados con nombres escritos en purpurina roja. *Martina. Charlie. Zoey. Selena.* Se sintió abrumada por el amor que había en esa habitación. Por primera vez en su vida, tenía un hogar de verdad y una familia. Un futuro. No solo estaba decidida a convertirse en la persona más fuerte posible, mental y físicamente, sino que también se juró que nunca, jamás, volvería a ser una víctima.

***

Gracias por leer *Nada como ella*. La historia de Selena continúa en *Una de cada cinco*, el siguiente libro de Selena Bailey, ya disponible. Haz clic aquí para empezar a leerlo hoy mismo.

—•—

UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE

Cuando empecé este proyecto, creía que sabía bastante sobre la violencia de género. Escucho muchos pódcast sobre crímenes reales y veo muchos documentales en los que la violencia de género suele ser un factor. Pero para *Not Like Her*, quise profundizar en los entresijos de la violencia de género (la violencia de pareja) para poder retratar una historia más realista para Selena y su madre.

Lo que descubrí fue que la violencia de género es un tema mucho más complejo de lo que había previsto. Ocurre con más frecuencia de lo que se cree y en todos los grupos demográficos y niveles socioeconómicos.

Como recordaréis, en la historia de Selena y Zeek, el cortejo fue rápido, Zeek nunca se refería a Selena por su nombre, solo la llamaba 'cielo', y mintió sobre su pasado. Intentó aislarla insistiendo en que dejara el trabajo y monopolizaba todo su tiempo. Todas estas son señales de alarma típicas de una relación de maltrato. Zeek no necesitaba atar a Selena a una cama para maltratarla; todo empezó antes. El maltrato no se limita a los moratones.

En lugar de escribir un manifiesto en toda regla sobre el tema (que parecería más bien una de mis peroratas), os animo a que leáis

al respecto, ya sea en la página web de la , en otros recursos de internet o en la biblioteca de vuestra zona.

Mediante la concienciación, podemos ayudar a prevenir la violencia de pareja.

Si te encuentras en una relación similar a la de Selena y Zeek, o estás en una situación de maltrato, existen recursos a tu disposición:

Enlace a la página web de la National Domestic Violence Hotline

Alerta de seguridad: El uso del ordenador puede ser vigilado y es imposible borrar el historial por completo. Si temes que puedan estar vigilando tu actividad en internet, llama a la **National Domestic Violence Hotline al 1−800−799−7233** en lugar de usar el ordenador.

SOBRE LA AUTORA

H. K. Christie vio películas de terror a una edad demasiado temprana. Inspirada por autores de la talla de Stephen King y Dean Koontz, pódcast sobre crímenes reales y una imaginación desbordante, ahora escribe *thrillers* de suspense.

Descubrió su pasión por la escritura cuando se embarcó en un experimento personal para romper un hábito. Aunque no consiguió romperlo, sí que descubrió su amor por la escritura y no ha parado desde entonces.

Cuando no está trabajando en su última novela, a H. K. Christie se la puede encontrar comiendo y bebiendo con sus amigos, paseando por los lagos o jugando con su amigo peludo favorito.

Nació y reside actualmente en la bahía de San Francisco.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias a mi cañera sobrina, Gianna Lazzarini, por trabajar conmigo para comprender mejor la mente y la vida de una estudiante de segundo de bachillerato. ¡Ha sido una ayuda tremenda para asegurar que Selena no sonara como una mujer de mediana edad! ¡Mi más sincero agradecimiento!

Un agradecimiento especial al agente de policía Gabe Irving por dejarme acompañarlo durante una noche (¡luchando contra el crimen!) y por las interesantes y reveladoras conversaciones sobre la violencia contra las mujeres. Fue una noche realmente fascinante y aprendí muchísimo. Mi más sincero agradecimiento.

Me gustaría dar las gracias a mis lectoras beta de *nivel superélite*: Juliann Brown y Jennifer Jarrett. Gracias por vuestro continuo ánimo, apoyo y vuestros valiosísimos comentarios.

Me gustaría dar las gracias a mis demás lectoras beta y críticas: Barbara Carson, Anne Kasaba y Robin Samuels. Vuestros comentarios son de un valor incalculable. ¡Gracias!

Muchísimas gracias a Nicole Nugent por la corrección de estilo.

Por último, pero no por ello menos importante, un agradecimiento especial a mi marido, Jon, no solo por llevar a cabo la corrección ortotipográfica, sino también por escucharme despotricar sobre el

patriarcado cada vez que terminaba de leer algo nuevo sobre la violencia de pareja. A estas alturas de nuestra relación, es prácticamente un candidato a la santidad.